HERNANI,

Ó

EL HONOR CASTELLANO.

DRAMA EN CINCO ACTOS,

ESCRITO EN FRANCÉS POR EL CÉLEBRE

VICTOR HUGO,

Y TRADUCIDO EN VERSO CASTELLANO, EN VARIEDAD DE METROS,

POR

Don Eugenio de Ochoa.

Madrid. – Teatro del Príncipe. – 24 de agosto de 1836.

MADRID:

IMPRENTA DE DON JOSÉ MARÍA REPULLES.

1836.

PERSONAS.

Hernani.
Don Cárlos.
Don Ruy Gomez de Silva.
Doña Sol de Silva.

El rey de Bohemia. . . . . El duque de Baviera.	*Electores del Sacro Romano Imperio.*
El duque de Gotha. . . . . El baron de Hohemburgo. El duque de Lutzelburgo.	*Sres. Alemanes.*
Un page de Silva. . . . . Don Sancho. Don Matías. Don Ricardo. Don García. Don Francisco. Don Juan de Haro. Don Pedro Guzman de Lara. Don Bustos Tellez Giron. Un Montañés.	*Sres. Españoles.*

Doña Josefa Duarte, *dueña*.
Una Dama.
1.er Conjurado.
2.º Conjurado.
3.er Conjurado.
Conjurados de la Liga Sacro-Santa, Alemanes y Españoles.
Montañeses, Señores, Soldados, Pages, Pueblo &c.

1519.

La escena pasa en Zaragoza en los actos 1.º, 2.º y 5.º; en el 3.º en los alrededores de Zaragoza; el 4.º en Aquisgran.

"*Aun no ha llegado el momento*, dice Victor »Hugo, *de juzgar definitivamente esta obra:* Her- »nani *no es hasta ahora mas que la primera piedra »de un edificio que existe completo en la cabeza de »su autor, pero cuyo conjunto es lo único que puede »dar algun valor á este drama. Acaso algun dia no »parezca mal la idea que ha tenido de poner, como »el arquitecto de Bourges, una portada casi árabe »á su catedral gótica.*"

ACTO PRIMERO.

Una alcoba. — *Es de noche.* — *Una lámpara sobre una mesa.*

ESCENA PRIMERA.

DOÑA JOSEFA DUARTE, *dueña, vestida de negro; trage recamado de canutillos de azabache, á la usanza del tiempo de Isabel la Católica.* DON CÁRLOS.

(*Doña Josefa, sola. Corre las cortinas carmesíes, y arregla algunos sillones. Llaman á una puertecilla secreta que habrá á la izquierda. Escucha. Vuelven á llamar. Llaman de nuevo.*)

Jos. Si será él? por supuesto...
es en la escalera falsa. (*Vuelven á llamar.*)
Abramos.
(*Abre la puertecilla falsa, y entra don Cárlos embozado hasta los ojos.*)
Señor galan,
os saluda vuestra esclava.
(*Le introduce al centro de la estancia; desembózase él, y deja ver un soberbio trage de terciopelo y seda á la usanza castellana de 1519. La dueña le mira, y retrocede despavorida.*)
Pero qué...? No es el señor
Hernani...! Fuego! la guardia!
fuego...!!
Cár. (*Cogiéndola del brazo.*)
Dueña, aqui moris

si hablais solo dos palabras.
(*La mira de hito en hito, y ella calla aterrada.*)
Decidme, estoy por ventura
de doña Sol en la casa,
por esposa prometida
al buen duque de Pastrana
su tio, señor caduco,
zeloso bajo sus canas?
Decidme, la niña adora
sin curarse de su fama
á un galan lampiño, jóven,
y en esta su misma estancia
todas las noches recibe,
magüer cerrojos y tapias,
á las barbas del anciano,
al mancebito sin barbas?
Declaradme, dueña, al punto
si mis noticias me engañan.
Hablais?
Jos. Me habeis prohibido
que diga ni aun dos palabras.
Cár. Una sola pido: sí
ó no. Responde; es tu ama
doña Sol de Silva?
Jos. Sí.
Por qué lo decis?
Cár. Por nada.
Su machucho amante el duque
está ausente?
Jos. Sí.
Cár. Y aguarda
ella sin duda á su lindo?
Jos. Sí.
Cár. Malo!
Jos. Sí.
Cár. Y esta sala
de su dulce conferencia
será testigo?
Jos. Sí.
Cár. Hermana,

aqui me habeis de esconder.

Jos. A vos...!!

Cár. Sí.

Jos. Por qué?

Cár. Por nada.

Jos. Esconderos yo! jamas!

Cár. Al punto.

Jos. Jesus! qué infamia!

Cár. (*Presentándola su puñal, y una bolsa.*)
Dignaos escoger, señora,
entre mi bolsa y mi daga.

Jos. (*Tomando la bolsa.*)
Con que sois el diablo?

Cár. Sí.

Jos. (*Abriendo un armario muy estrecho en la pared.*)
Pues entrad.

Cár. (*Examinando el armario.*)
En esta caja?

Jos. (*Cerrándole.*)
No tengo otra; con que asi,
si no la quereis, dejadla.

Cár. (*Abriendo el armario.*)
Vamos á ver.

Jos. Despachemos.

Cár. (*Examinándole con atencion.*)
Dime, es aqui donde guardas
la caña de escoba en que
por esos aires cabalgas?
En fin... adelante...! Uf...!!
(*Métese en él con bastante dificultad.*)

Jos. (*Cruzando las manos escandalizada.*)
Un hombre aqui, Vírgen santa...!!

Cár. (*Desde el armario, que aun está abierto.*)
No es verdad que tu señora
á una muger esperaba?

Jos. Jesus! Jesus! oigo pasos!
es doña Sol! Por vuestra alma
que cerreis pronto la puerta! (*La cierra.*)

Cár. (*Desde adentro.*)
Si decis una palabra

:

sois muerta al punto. Lo oís?

Jos. (*Sola.*)
Lo oigo. Buena va la danza!
Quién es este hombre? Jesus!
Pediré auxilio...? Cá, nada!
Escepto mi ama y yo,
todos estan en la cama.
Ello en fin... el otro viene,
y no vendrá sin espada.
Allá se avengan... el cielo
nos preserve de las garras
del demonio! Al fin y al cabo (*Pesando la bolsa.*)
no es un ladron, cosa es clara!

(*Entra doña Sol vestida de blanco. Doña Josefa se guarda la bolsa.*)

ESCENA II.

LOS MISMOS. DOÑA SOL. *Luego* HERNANI.

Sol. Josefa!
Jos. Señora!
Sol. Ah...!
Mucho temo una desdicha!
Ya debiera haber llegado
Hernani...
(*Oyese ruido de pasos en la puertecilla secreta.*)
En la escalerilla
oigo pasos... El es... abre
pronto!

(*Abre doña Josefa, y entra Hernani. Capa larga y gran sombrero: debajo un trage de montañés de Aragon, gris, con una coraza de cuero, una espada, un puñal, una bocina pendiente del cinto.*)

Hernani...!
Her. Vida mia...!!
Doña Sol...! que al fin te veo,
y escucho tu voz divina!
Por qué tan lejos de tí
el cielo puso mi vida?

Para olvidar á los otros
verte mi alma necesita...!

Sol. (*Tocando sus vestidos.*)
Jesus, Hernani...! tu capa,
la lluvia á arroyos destila.
Llueve mucho?

Her. Qué sé yo!

Sol. Tienes frio?

Her. Nada.

Sol. Mira...
quítate la capa.

Her. Hermosa!
Doña Sol...! Mi dulce amiga!
dime... cuando allá en la noche
estás en calma dormida,
inocente y pura... cuando
el angel que te vigila
cierra tus ojos que adoro
con su mano purpurina...
oyes acaso entre sueños
su dulce voz que suspira
diciendo cuanto eres dulce
en su amargura infinita
al infeliz á quien todos
desdeñan y martirizan?

Sol. Cuánto has tardado...! Mas dime
si tienes frio.

Her. A tu vista
ardo, mi bien. Cuando hierve
de amor zeloso en las iras
el corazon; cuando el alma
arde en borrascas bravías,
qué importan las tempestades
que el cielo y la tierra agitan?

Sol. (*Quitándole la capa.*)
Vamos, déjame la capa
y la espada.

Her. (*Puesta la mano en la empuñadura de su espada.*)
No! Es mi amiga
fiel é inocente cual tú.

Doña Sol, el que destinan
para esposo tuyo, el duque,
está ausente?

Sol. Tuya y mia
es esta hora.

Her. Esta hora!
y nada mas! y en seguida
he de olvidarte ó morir!
Oh suerte, suerte maldita...!!
Contigo una hora, y solo
una hora, el que la vida
y luego la eternidad
pasar contigo querria...!

Sol. Hernani!

Her. (*Con amargura.*)
Que salga el duque
es para mí grande dicha!
El se va... y entonces yo
entro y gozo con delicia
de mirarte y de escucharte
solo un hora fugitiva,
y soy con eso feliz;
y acaso algunos me envidian
porque le robo una hora,
cuando él me roba la vida...!

Sol. Serénate. Tú, haz secar
su capa. (*Entregándosela á doña Josefa.*)

Jos. Sereis servida. (*Vase.*)

(*Doña Sol se sienta, y hace señal á Hernani de que se siente tambien junto á ella.*)

Sol. Siéntate aqui.

Her. (*Sin oirla.*)
Con que el duque
está ausente de la quinta?

Sol. (*Sonriendo.*)
Qué galan es...!!

Her. Con que el duque
está ausente?

Sol. Vida mia,
no pensemos en el duque.

Her. No pensar...! oh! tú deliras!
Ese anciano... sí! te ama...!
ya como á esposa te mira...
Ademas, tú me lo has dicho.
Te dió un beso el otro dia...!
No pensar en él...!
Sol. Jesus!
Y es eso lo que te agita?
un beso en la frente...! un beso
como de padre á su hija...!
Her. No, no! de amante, de esposo,
que zelos y amor respira!
Viejo insensato! que ya
cuando su frente se inclina,
cuando ya, para llegar
al término de su vida,
para acabar su camino
de una muger necesita,
quiere, espectro moribundo,
casarse con una niña...!!
Viejo insensato! Pues qué...!
no ve en su loca manía
que mientras con una mano
¡infeliz! te sacrifica,
su horrible esposa, la muerte,
de la otra mano le tira?
Viene á turbar nuestro amor...
Anciano...! tu amor olvida!
Vé á dar al sepulturero
de tu cuerpo la medida...!!!
Quién hace esa boda, quién?
Yo supongo que te obligan!
Sol. Dicen que la exige el rey.
Her. El rey! el rey! En Sevilla,
condenado por el suyo,
perdió mi padre la vida
en un cadalso, y aunque
desde aquel horrible dia
muchos años han pasado,
mi corazon no le olvida,

y el odio que contra el rey,
su hijo y su viuda, abriga
este pecho inexorable,
reciente está todavía...!
El rey murió...! Dios lo quiso;
pero su hijo respira,
y, siendo niño, á la sombra
de mi padre, de rodillas
al pie del altar juré:
"Oh padre! tu muerte impía
en el hijo del monarca
vengaré que te asesina!"
Yo te busqué por do quiera,
oh Cárlos, rey de Castilla,
porque el odio eterno vive
entre nuestras dos familias...!
Treinta años duró la guerra
ardiente, implacable, activa
entre tu padre y el mio...!
Ya uno y otro son ceniza
en la tumba... mas no importa,
que mientras los hijos vivan,
vivirá el rencor de muerte
en que sus padres ardian.
Tú, ese execrable himeneo
consumar te proponias...!
Tanto mejor...! de buscarte
asi el trabajo me evitas!

Sol. Me asustas, Hernani.

Her. Escucha.
Tu tio, á quien te destinan
desde la cuna, es el duque
de Pastrana, Ruy de Silva,
rico-hombre de Aragon,
conde y grande de Castilla.
A falta de juventud
puede darte el duque ¡oh niña!
tanto oro, tantas riquezas,
joyeles y pedrerías,
que brille tu frente aun mas

que la de la reina misma;
y en cuanto á rango y honores,
y pompa y nobleza antigua,
acaso de tí, duquesa,
tendrán mil reinas envidia.
Escúchame...! yo soy pobre,
y solo tuve en mi vida
las selvas do siendo niño
descalzo y proscripto huía.
Acaso tengo tambien
blasones de gran valía,
que en estos tiempos aciagos
manchas de sangre mancillan.
Acaso tengo derechos,
cuya negada justicia
un sudario ensangrentado
entre sus pliegues eclipsa,
y que tal vez, si no quedan
mis esperanzas mentidas,
de esta vaina juntamente
saldrán con la espada mia.
En tanto... solo me ha dado
la Providencia enemiga
el aire, el agua, la luz,
dote que á todos prodiga...
Piénsalo bien, doña Sol...!
decídete por tu vida...
entre dar tu mano al duque,
ó unir tu suerte á la mia.

Sol. Te seguiré.

Her. Entre mis rudos
compañeros de desdicha,
proscriptos de cuyos nombres
tiene el verdugo la lista...
cuyo corazon de hierro
ningun sentimiento abriga...
tan solo el de la venganza
que al crímen los precipita!
Vendrás conmigo á mandar
la que llaman mi cuadrilla...!

porque... no lo sabes...? yo
soy un bandido. Aquel dia
en que en todas las Españas
quedó mi raza proscripta,
sola en sus bosques profundos,
de sus montes en la cima,
en sus rocas, donde al hombre
solo el águila divisa,
me recibió como madre
la Cataluña sombría.
Entre aquellos montañeses
pobres y libres, mi vida
paso; y si escuchan ahora
el eco de mi bocina,
tres mil de aquellos valientes
vendrán... tiemblas? oh! medita
lo que te digo...! Seguirme
por los montes, por la orilla
de los mares, por las selvas,
entre gentes parecidas
á los demonios que ves
cuando entre sueños deliras...!
Temblar de todo... vivir
en inquietudes contínuas...
beber allá en los torrentes,
dormir en la yerba fria...
de noche, mientras estés
dando el pecho compasiva
al hijo que se despierta,
oïr las balas enemigas
silbar junto á tí...! Conmigo
vivir errante, proscripta,
y si es preciso, seguirme
adonde acaso algun dia
yo á mi padre seguiré...
del cadalso á la cuchilla...!!

Sol. Te seguiré.

Her. El duque es rico,
grande, feliz... y la antigua
nobleza de sus mayores

ninguna afrenta mancilla.
Juntamente con su mano
te da el duque honores, dicha,
riquezas, gloria...

Sol. Saldremos
mañana al rayar el dia.
Hernani! yo te lo pido....!
tal vez mi audacia te admira...
Qué sé yo! tú eres el angel
ó el demonio de mi vida...!
Solo sé que soy tu esclava;
que á cualquier lejano clima
que vayas, iré: te quedas,
me quedaré. Qué motiva
mi resolucion? Lo ignoro;
pero mi alma necesita
verte siempre. Si no te oigo,
mi corazon no palpita...
No estás conmigo, y parece
que yo me falto á mí misma,
y cuando vuelves, entonces
siento que vuelve mi vida.

Her. Oh!

Sol. A las doce de la noche
mañana, tu comitiva
trae al pie de mi ventana.
Sí; me hallarás decidida.
Darás tres palmadas.

Her. Sabes
ahora quién soy? Oh! medita
lo que te he dicho...!

Sol. Qué importa,
si tú quieres que te siga!

Her. No, no; pues quieres seguirme,
oye, criatura divina;
quiero que sepas qué nombre,
qué alma, qué suerte maldita
es la de tu Hernani, á quien
apenas conoces... Mira...
siendo bandido me amas:

desterrado, me amarias?

Cár. (*Abriendo con estrépito la puerta del armario.*)

Cuándo pensais acabar
con esa historia prolija?
Creeis que está bien mi persona
en un armario metida?

(*Hernani retrocede asombrado; doña Sol lanza un grito y se refugia en sus brazos, fijando en don Cárlos una mirada de terror.*)

Her. (*Echando mano á la empuñadura de su espada.*)

Quién es este hombre?

Sol. Socorro!

Socorro...!!!

Her. Basta de grita,

doña Sol! No desperteis
á la gente de la quinta;
suceda lo que suceda,
mientras esté yo á la mira
jamas reclameis, señora,
mas ayuda que la mia...
Qué hacíais ahí? (*A don Cárlos.*)

Cár. Bueno es eso!

Me gusta la preguntilla...!
Por entre bosques y prados
á caballo discurria.

Her. Quien rie despues que afrenta,

tambien se espone á que ria
su heredero!

Cár. Hablemos claros,

sin rodeos ni mentiras:
tanto los dulces ojuelos
de esta doncella os cautivan,
que venis todas las noches
á ver si es muerta ó es viva.
Yo la amo tambien, y quiero
cerciorarme por mi vista
de quién es el fortunado
que de noche se desliza
por esa ventana, mientras
me quedo á la puerta.

Her. Diga!
Tal vez por donde entro yo
hoy saldrá su señoría.
Cár. Bien dicho; allá lo veremos.
Pues como diciendo iba,
yo tambien mi tierno amor
ofrezco á esta señorita.
Partamos; os acomoda?
En su hermoso pecho anidan
tanto amor, tanta bondad,
una ternura tan fina,
que ¡sí! para dos amantes
bastante tiene la niña.
Cansado de tantos postes,
vengo, entro... por chiripa
me toman por vos... me escondo,
y... la verdad clara y limpia,
escucho y oigo; con todo,
aunque escuchaba, no oía
sino muy mal, y me ahogaba
y achuchaba mi ropilla
muy bien. Con que en fin, salí.
Her. Tambien salir necesita
mi espada á tomar el aire.
Cár. (*Saludando.*)
Bravo!
Her. (*Desenvainando la espada.*)
En guardia!
(*Don Cárlos desenvaina la espada.*)
Sol. (*Poniéndose entre ellos.*)
Cielo!
Her. Quita!
Cár. Calmaos, señora.
Her. Decidme
vuestro nombre.
Cár. El suyo diga
antes él.
Her. Fatal secreto,
le guardo para el que un dia
debe sentir humillado

debajo de mis rodillas,
en sus oidos, mi nombre,
y en su pecho, mi cuchilla.

Cár. Quién es el otro?

Her. Qué importa!
En guardia!

(*Cruzan las espadas. Doña Sol cae desfallecida en un sillon. Se oyen golpes á la puerta.*)

Sol. (*Levantándose despavorida.*)
Vírgen María!
Llaman á la puerta!

(*Detiénense los campeones, y entra doña Josefa por la puertecilla lateral.*)

Her. (*A doña Josefa.*)
Y quién?

Jos. (*A doña Sol.*)
Jesus! Jesus! qué desdicha!
El duque llega!

Sol. Infeliz...!!

Jos. (*Tendiendo la vista en derredor.*)
Y el otro aqui! voces, riñas...!!
Pues estamos bien!

(*Los dos combatientes envainan sus espadas. Don Cárlos se emboza en su capa, y se cala el chambergo hasta las cejas. Vuelven á llamar.*)

Her. Qué hacemos? (*Llaman de nuevo.*)

Una voz desde afuera.
Abrid, doña Sol!

(*Doña Josefa da un paso hácia la puerta; Hernani la detiene.*)

Her. No abrirla!

Jos. (*Sacando su rosario.*)
Dios y los santos nos saquen
de esta fiera sarracina! (*Vuelven á llamar.*)

Her. (*Indicando el armario.*)
Escondámonos.

Cár. Alli?

Her. Ambos cabemos.

Cár. Qué risa!
Es muy ancho.

Her. (*Indicando la puertecilla.*)
Pues huyamos
los dos.
Cár. Los dos! No en mis dias:
aqui me quedo.
Her. Sí...! ah!
pues yo os juro por mi vida
que me la habeis de pagar...!
En fin... tal vez se podria
atrancar la puerta.
Cár. (*A doña Josefa.*)
Abrid
la puerta.
Her. Qué dice?
Cár. (*A doña Josefa, atónita.*)
Abridla!
yo lo mando. Ea, dueña,
despachad.
Sol. Estoy perdida!
(*Continúan llamando. Doña Josefa va á abrir temblando.*)

ESCENA III.

LOS MISMOS. DON RUY GOMEZ DE SILVA. CRIADOS *con hachas.*

Ruy. (*Barba y cabellos blancos; trage negro; el toison de oro.*)
Dos hombres, y á estas horas de la noche
en esta estancia...!! Bien...! entren conmigo
todos, todos aqui! Tres hombres somos (*A doña Sol.*)
en este cuarto, doña Sol, y digo
y juro por San Juan que dos lo menos
estan aqui de mas! Por vida mia, (*A los dos jóvenes.*)
qué haceis aqui, donceles?
Cuando al Cid y á Bernardo poseía
España, esos gigantes de la tierra
iban, la lanza en sus robustas manos,
de dia y á la luz de las estrellas,
por toda la Castilla, á los ancianos

honrando, y protegiendo á las doncellas.
Menos pesaban á sus hombros duros
el hierro y el acero, que á vosotros
la seda y terciopelo y los impuros
femeniles adornos que atavían
esos mezquinos cuerpos. Respetaban
aquellos hombres, de su patria gloria,
las canas, donde quier que las hallaban.
Nuestros padres sabian
arrodillar su amor en las iglesias
y á ninguno ofendian,
y daban por razon de sus acciones
que el blason de su casa sostenian.
Cuando tomar esposa deseaban,
sin mancha la tomaban,
en buen palenque, en su troton lozano
la lanza enristre ó con espada en mano.
Y en cuanto á esos felones
que de noche, y mirando á sus talones,
y ocultando en la sombra sus placeres,
atentan fementidos
robar á los maridos
la frágil castidad de sus mugeres,
juro que el Cid por viles los tendria,
que á afinojarse ante él los forzaria,
y degradando su bastardo nombre
el héroe de Bibar con su tizona
su usurpado blason azotaria.
Esto hicieran los hombres de otros tiempos
á los hombres de ahora!
A qué venís, señores? A mofaros,
vive Dios, de un soldado de Zamora,
de mí, porque soy viejo...!! A recrearos
en dar oprobio á mi cabeza cana...!
Soy por ventura un viejo sin cuarteles,
de quien los mozos se reirán mañana?
Vosotros no reireis, no! yo lo fio...!

Her. Duque...

Ruy. Silencio...!! Cómo! Los torneos,
la sortija y la caza y los festines

teneis, y juveniles devaneos;
los perros, los alcones,
penachos y brocados y cantares,
serenatas al pie de los balcones,
palafrenes, bohordos y danzares,
placeres, juventud... y todo os cansa,
niños...! y á toda costa es necesario
un juguete que alivie vuestro hastío,
y tomais por juguete el honor mio...!
Oh! no elegisteis bien...!

Her. Señor!

Ruy. Silencio!
Quién osa hablar cuando silencio digo?

Her. Señor duque...

Ruy. Venid, venid conmigo!
Cosa es esta de broma por ventura,
señores? Un tesoro en mi castillo
hay... el honor de toda una familia...
de una muger hermosa,
que es mi sobrina y mi futura esposa.
Casta y limpia la creo,
y á todo hombre sagrada, y yo á quien llaman
don Ruy Gomez de Silva, separarme
no puedo de su angélica hermosura
sin que un ladron de honor venga á robarme
la casta flor de su inocencia pura!
Atras...! En eso os divertís, donceles...!
Vive Dios, que de tanta alevosía
vergüenza á unos bastardos les daria...!
Mas qué digo? Seguid! Tengo otra cosa
que podais mancillar con vil desdoro?
(*Se arranca el collar de la orden.*)
Tened...! pisotead mi toison de oro...!
(*Tira su sombrero.*)
Arrancad mis cabellos,
y como en cosa vil cebaos en ellos...!
y mañana podeis lisonjearos
de que jamas infames libertinos
en su insolencia fiera
afrentaron cabeza mas ilustre

ornada de mas blanca cabellera...!

Sol. Señor duque...

Ruy. (*A sus escuderos.*)

Mi daga de Toledo,
mi hacha, mi troton y mi armadura,
y vosotros los dos, seguidme cedo...!

Cár. (*Descubriéndose.*)

Duque, no es eso lo que mas nos urge
por el pronto. Se trata de la muerte
del noble emperador Maximiliano
de Alemania. (*Acercándose á don Ruy Gomez.*)

Ruy. La vista no me engaña!
el rey...!

Sol. Qué miro? el rey...!

Her. (*Con furor.*)

El rey de España...!!

Cár. (*Con tono grave.*)

El mismo, sí. Perdiste la cabeza
por tu vida, buen duque? Ahora acabo
de saber que mi abuelo el de Alemania
pasó á un mundo mejor: con gran presteza,
de noche, y en persona, á tí, vasallo
de mucha cuenta, vengo lo que pasa
á decirte de incógnito en tu casa...
y no sé por qué son esos furores.

(*Don Ruy Gomez despide con la mano á su comitiva; luego examina á don Cárlos, á quien mira doña Sol con temor y sorpresa, y en quien Hernani desde un rincon de la estancia fija miradas centellantes.*)

Ruy. Por qué tardar entonces en abrirme?

Cár. Cuando vengo á contarte en tu castillo
un secreto de Estado,
lo han de saber tambien los servidores
de que vienes, buen duque, rodeado?

Ruy. Perdonadme, señor; las apariencias...

Cár. De mi castillo de Figueras te hice
gobernador, pero será forzoso
buscar quien te gobierne, mas juicioso.

Ruy. Perdonad...

Cár. Basta ya. Pues como digo,

murió el emperador.

Ruy. De vuestra alteza
murió el insigue abuelo?

Cár. No lo conoces, duque, en mi tristeza?

Ruy. Quién le succede?

Cár. Un duque de Sajonia
quisiera succederle, y el de Francia,
rey Francisco primero,
á ser tambien aspira su heredero.

Ruy. Dónde se reunirán los electores
del imperio vacante?

Cár. Han elegido
Spira – ó Aquisgran, ó... no estoy cierto...
Francfort... lo ignoro.

Ruy. Y nuestro rey querido,
cuya preciosa vida guarde el cielo,
del imperio jamas tuvo desvelo?

Cár. Siempre.

Ruy. Y os toca á vos.

Cár. Lo sé.

Ruy. Tan cierto
como que vuestro padre era de Austria
archiduque, y por tanto el César muerto,
vuestro abuelo; y asi seguramente
los electores lo tendrán presente.

Cár. Ademas, soy de Gante ciudadano.

Ruy. Siendo mozo me acuerdo de haber visto
á vuestro abuelo... Ah! de un siglo entero
yo solo, pobre anciano,
existo.

Cár. Roma me dará la mano.

Ruy. Emperador valiente y justiciero,
cabeza venerable
del imperio germano.

Cár. Vaya que es, vive Dios, un ambicioso
ese rey cristianísimo! Fallece
el viejo emperador, y al cuarto de hora
volando, del imperio se enamora.
Pues no tiene su Francia? No merece
lástima por mi vida...! Piensas, dime,

que Francisco primero
puede aspirar á fuerza de constancia
á unir en su cabeza
la corona imperial á la de Francia?
Ruy. Es un batallador.
Cár. La bula de oro
prohibe que se elija á un estrangero.
Ruy. No sois vos rey de España?
Cár. Y tambien ciudadano soy de Gante.
Ruy. La última campaña
de que salió triunfante
elevó al rey á formidable altura.
Cár. Mucho tambien desplegará sus alas
el águila altanera,
que pronto, si me ayuda mi ventura,
brillará de mi carro en la cimera.
Ruy. Sabeis el latin?
Cár. Mal.
Ruy. Lo siento. Mucho
ganaria en saberlo vuestra alteza,
porque es aficionada á que la hablen
en latin, de Alemania la nobleza.
Cár. Con el altivo castellano idioma
tendrán que contentarse, yo lo fio;
poco importa la lengua en que se habla,
con tal que el que la habla, hable con brío.
Ahora á Flandes me voy; tu rey, oh Silva,
ha de volver emperador. No ignoro
que Francisco de Francia, tierra y cielo,
se apresta á revolver en su desvelo
para hacer quebrantar la bula de oro;
pero pienso ganarle por la mano,
y partir antes que él.
Ruy. Vais á dejarnos
sin antes acabar con las partidas
de los rebeldes que á Aragon infestan,
y alzan do quier sus frentes atrevidas?
Cár. Orden he dado ya de esterminarlas
al duque de Arcos.
Ruy. Bueno! y al osado

caudillo que las manda, le habeis dado
orden de que se deje
esterminar?

Cár. Sabeis cómo se llama
de los rebeldes el infame gefe?

Ruy. No sé; pero aseguran que es terrible.

Cár. Bah! Par diez, con un poco de milicia
acabaré con él; sé que á estas horas
se oculta allá en los montes de Galicia.

Ruy. Pues entonces, rumores infundados
no muy lejos de aqui le suponian.

Cár. Rumores infundados! Esta noche
soy tu huésped.

Ruy. (*Saludando profundamente.*)
Me honra vuestra alteza.
(*Dirigiéndose á su servidumbre.*)
Honren todos al rey mas que á mí mismo.
(*Entran muchos criados con hachas encendidas, y el duque los forma en dos hileras hasta la puerta del fondo. En tanto doña Sol se acerca lentamente á Hernani: el rey los observa con disimulo.*)

Sol. (*En voz baja, á Hernani.*)
A media noche, al pie de mi ventana,
tres palmadas.

Her. (*Bajo.*)
Mañana?

Sol. Sí.

Cár. (*Aparte.*)
Mañana...!!
(*En voz alta, á doña Sol, á quien se llega con galanteria.*)
Permitid que la mano os dé, señora.
(*La da la mano, y la lleva hasta la puerta: vase doña Sol.*)

Her. (*Puesta la mano en la empuñadura de su daga.*)
Mi puñal...!!!

Cár. (*Aparte.*)
Me parece que está en brasas
el pobre diablo. Ahora (*Acercándose á Hernani.*)
os hice grande honor, con vuestro acero

midiendo el mio. Vos, por mil razones
debierais inspirarme, caballero,
sospechas que..., pero jamas traiciones
de Cárlos hizo la nobleza altiva.
Podeis iros.

Ruy. Quién es ese mancebo?

Cár. Un doncel de mi escasa comitiva.

(*Vanse con los criados; el duque precede al rey, llevando una hacha encendida en la mano.*)

ESCENA IV.

HERNANI.

De tu comitiva, sí...!!
el cuchillo ¡oh rey! conmigo,
á todas partes te sigo,
fijos los ojos en tí.
Te sigo! mi raza en mí
persigue á tu raza real...
Luego, eres ya mi rival,
y si absorto en el amor
pude olvidar mi rencor
á tu vida tan fatal!
Si no pudiendo caber
odio y amor en mi pecho
por ser demasiado estrecho
para amar y aborrecer,
pude un punto suspender
el cuidado de vengarme;
ya que vienes á buscarme
satisfecho quedarás...
yo empezaré desde hoy mas
de mi venganza á acordarme.
Yo vacilé, entre el amor
suspendido y la venganza,
mas ya cede la balanza
bajo el peso del rencor.
Soy, tú lo has dicho, señor...

de tu comitiva, y... Bueno!
jamas cortesano ageno
de toda nobleza... ¡no!
tan de cerca te siguió,
ni tus mayordomos viles,
ni tus lacayos serviles,
como he de seguirte yo!
Lo que pretenden de tí
esos grandes de Castilla,
es un juguete que brilla
ó un título baladí.
Eso no me basta á mí;
tampoco un aureo cordero
al cuello colgarme espero,
que no soy vano ni loco
para hartarme con tan poco...
Yo te diré lo que quiero!
Quiero, ¡oh rey! terror del mundo,
tu sangre, tu infame aliento;
clavar mi puñal sangriento
en tu corazon inmundo!
Sondar con él lo profundo
de ese tu pecho enemigo...!
Vé adelante, ya te sigo,
que me irrita la tardanza,
que hiervo en sed de venganza,
y que he de matarte digo...!!
No podrás durante el dia
volver ¡oh rey! la cabeza
entre tu vana grandeza,
sin ver mi frente sombría...
Yo seré perenne espía
de toda tu vida... Sí!
Contínuo verásme á mí,
inmoble junto á tu lecho,
fijos, mi daga en tu pecho,
mis ojos de fuego en tí...!
(*Sale por la puertecilla lateral.*)

ACTO SEGUNDO.

Una plaza abierta. — A la izquierda las altas paredes del palacio de Silva, con una ventana de balcon: debajo de la ventana una puertecilla; á la derecha y en el fondo casas y calles. — Es de noche. — Se ven brillar por todas partes, en las fachadas de los edificios, algunas ventanas iluminadas.

ESCENA PRIMERA.

DON CÁRLOS. DON SANCHO. DON MATÍAS. DON RICARDO.

(*Llega don Cárlos seguido de los otros tres, todos embozados en largas capas, por bajo de las cuales se ven las conteras de sus espadas.*)

Cár. (*Examinando el balcon.*)
Esta es la puerta... mi sangre
hierve... aquel es el balcon.
En todas partes hay luz,
y donde la quiero, no.
Qué fastidio! nada, nada.
San. Hablemos de ese traidor.
Y le soltó vuestra alteza?
Cár. Sí.
Mat. Tal vez era el mayor
de los bandidos...
Cár. Si era
poco, ó mucho, no sé yo,
pero sé que nunca he visto

monarca ni emperador
mas bien plantado.
San. Y su nombre?
Cár. (*Fijos los ojos en la ventana.*)
Era... Fernandez, Muñoz,
un nombre en i... como...
Mat. Hernani?
Cár. Sí.
San. Y le dejásteis, señor?
Es el caudillo... su alteza
se acuerda de lo que habló
ese rebelde?
Cár. (*Sin separar los ojos de la ventana.*)
Si estaba
metido como un raton
en aquel maldito armario!
San. Pero por qué le soltó
vuestra alteza?
Cár. (*Se vuelve con gravedad, y le mira de hito en hito.*)
Monterey,
sois, conde, mi confesor?
(*Los señores retroceden, y callan.*)
Ello en fin, solo su dama
quiero, que su sangre... no.
Me basta con la primera.
Ric. Y por qué no con las dos?
Cár. Conde... famoso consejo...
y que os honra, vive Dios...!
Vos no os andais en rodeos...
al grano, y pronto.
Ric. (*Inclinándose.*)
Señor,
bajo qué título ó nombre
desde ahora conde soy?
El rey me ha llamado conde. (*A don Sancho.*)
San. Ha sido equivocacion.
Ric. Pero...
Cár. Basta; ese condado
coged que se me cayó.

Ric. (*Inclinándose.*)
Gracias...
San. (*A don Matías.*)
Conde por sorpresa!
Conde imprevisto! veloz... (*Con ironía.*)
(*Don Cárlos se pasea por el fondo del teatro, examinando con impaciencia las ventanas en que hay luz.*)
Mat. (*A don Sancho.*)
Y qué hará el rey cuando logre
al bien de su corazon?
San. (*Mirando de reojo á don Ricardo.*)
Acaso la hará condesa,
y luego dama de honor,
y si de ella tiene un hijo
será rey.
Mat. Estais en vos?
un bastardo! de condesas
no nacen los reyes, no.
San. Entonces la hará marquesa,
señor marqués.
Mat. Para los
pueblos recien conquistados
sirven los bastardos. Son
allí vireyes.
(*Don Cárlos vuelve, y examina colérico todas las ventanas iluminadas.*)
Cár. Fastidio...!!
No parecen por mi honor
ojos zelosos que miran
esas ventanas...? Ah! dos
se apagan ya... qué fortuna!
De cuán larga duracion
son los instantes, señores,
para el que está de planton!
Quién hará andar á las horas
á paso algo mas veloz?
San. Mil veces en el alcázar
lo decimos.
Cár. Con razon,
porque mi pueblo lo dice

en vuestros palacios...

(*Se apaga la última ventana iluminada.*)–(*Fija los ojos en la de doña Sol.*)

Oh!
maldita vidriera! Cuándo
te encenderás...? Doña Sol...
oscura es la noche... ven
á darla tu resplandor...!
Son las doce?

Ric. Poco falta.

Cár. No hay remedio; á lo mejor
viene el otro, y dicho y hecho
se encaja de sopeton...
Fuerza es acabar, señores.

(*Ilumínase la ventana de doña Sol, y vése destacarse su sombra sobre los vidrios iluminosos.*)

Mas qué veo? es ilusion?
Alli está! una luz! su sombra
tras los cristales...!! Por Dios
que nunca mas bello dia
en el oriente nació.
Démonos prisa...! silencio...
tres palmadas... sí... tres son:
ánimo...! De aqui á un momento
vais á ver á doña Sol...!
Pero si acaso se asusta
porque somos muchos...? No,
no quiero llamar... vosotros
idos lejos del balcon;
escondeos alli en la sombra.
Repartámonos los dos...
á mí la dama, señores,
y á vosotros el traidor.

Ric. Mil gracias.

Cár. Si viene, al punto
salís, y sin compasion
se le tira una estocada,
que mientras vuelve en sí, yo
me llevo á la dama, y luego
no faltará diversion.

Sin embargo, es un valiente;
no le mateis... eso no,
porque la muerte de un hombre
es cosa grave por Dios...!

(*Los cortesanos saludan y se retiran; don Cárlos los deja alejarse, y luego da tres palmadas; á la tercera se abre la ventana, y aparece doña Sol en el balcon.*)

ESCENA II.

DON CÁRLOS. DOÑA SOL.

Sol. (*Desde el balcon.*)
Hernani, eres tú?
Cár. (*Aparte.*)
Chiton!
(*Vuelve á dar tres palmadas.*)
Sol. Ya bajo.
(*Cierra la ventana, cuya luz desaparece; un momento despues se abre la puertecilla, y sale doña Sol por ella con una lámpara en la mano.*)
Hernani!
(*Don Cárlos se encasqueta el sombrero, y se adelanta precipitadamente hácia ella. Doña Sol deja caer su lámpara.*)
Dios mio!
no es su paso! es desvarío...?
(*Quiere volverse, y don Cárlos la detiene.*)
Cár. Doña Sol...!!
Sol. No es él! traicion!
Cár. No es él, pero es un amante,
un rey amante!
Sol. Es el rey...!!
Cár. Manda, dispon; á tu ley
se humilla desde este instante
este hombre que con su amor
un cetro pone á tus pies,
porque á mas de amante, es
Cárlos tu rey, tu señor.

Sol. (*Procurando desasirse.*)
Socorro! Hernani!
Cár. Por Dios!
Vaya un terror mal venido!
Tu rey soy, no tu bandido.
Sol. No, no! el bandido sois vos.
Vergüenza me da de ver
lo que haceis; heróica hazaña
robar todo un rey de España
por la noche á una muger!
No fuera Hernani capaz
de tan negra villanía...
Yo lo digo, y lo diria
de todo el mundo á la faz.
Si el hombre naciera en donde
por sus altos pensamientos,
por sus nobles sentimientos
habitar le corresponde,
si tan solo el corazon
al rey y al bandido hiciera,
él la corona tuviera,
y vos fuerais el ladron!
Cár. Señora...!
Sol. Y cómo olvidais
que conde mi padre fue...?
Cár. Pues yo duquesa os haré.
Sol. (*Con desprecio.*)
Callad, que me avergonzais...!
Don Cárlos, entre los dos
todo amorío es locura...
mi padre su sangre pura
vertió en la guerra por vos;
y yo, que airada os escucho,
soy, pése á ese furor loco,
"*para esposa vuestra, poco,*
para dama vuestra, mucho." (*)

(*) Hemos puesto aqui estos dos versos de una comedia de Lope de Vega (*la Estrella de Sevilla*), porque de ellos son traduccion literal los que pone Victor Hugo en boca de doña Sol.

Cár. Mi nombre, mi trono real,
sí, todo os lo ofrezco yo...
mi imperio, mi sangre.
Sol. No!
es una astucia infernal.
Ademas, hablemos claros,
se trata solo de vos?
Escuchadme, que por Dios
que voy á desengañaros.
Con él, mi dueño, mi rey,
mas quiero vivir errante
sin reposar un instante
fuera del mundo y la ley,
entre gente montaraz,
entre peñascos y espinas,
con sed, con hambre contínas,
sin un punto de solaz,
seguir su suerte infeliz,
que, no teniéndole amor,
ser con un emperador
coronada emperatriz.
Cár. Oh! cuán grande es su ventura!
Sol. Pobre, proscripto...!
Cár. Mas di,
qué le importa, si de tí
es amado con ternura?
Feliz mil veces! y yo...!
yo de nadie soy amado...!
vos de amor le habeis colmado,
y no he de envidiarle! oh...!
Decidme, me aborreceis?
Sol. No os amo.
Cár. (*Cogiéndola con violencia.*)
Qué importa? ven.
Yo venceré; tu desden...
Sol. Señor! oh cielo! qué haceis?
Qué! sois rey, emperador;
mil hermosas, mil princesas,
y duquesas y condesas
suspiran por vuestro amor.

Todo lo teneis; no hay una
que amante ardorosa y fiel
no os aguarde... pero él...
qué le debe á la fortuna?
Teneis soberbio tesoro,
teneis Castilla, Aragon,
Navarra, Murcia y Leon,
y las Indias con su oro.
Sois el monarca español;
vuestro imperio es tan inmenso,
que jamas á lo que pienso
deja de alumbrarle el sol...
Y siendo todo esto asi,
como mi labio lo dice,
me robais á un infelice
que solo me tiene á mí?
(*Arrodillase á sus pies, suplicante.*)

Cár. Ven... nada escucho ¡oh muger!
Doña Sol, si me acompañas,
te doy tres de mis Españas,
las que quieras escoger.
Te doy mi palabra real;
decídete.

Sol. (*Forcejeando.*)
Por mi honor
no quiero de vos, señor,
sino solo este puñal.
(*Le quita la daga; él la suelta, y retrocede.*)
Llegad ahora... Por Dios
que no osareis...!

Cár. Bravo! Hablais
cual rebelde.
(*Quiere dar un paso: doña Sol levanta el puñal.*)

Sol. Si llegais
aqui morimos los dos.
Hernani! Hernani! (*Volviéndose, y gritando.*)

Cár. Callad.

Sol. (*Con el puñal levantado.*)
Quedo os estad, ó morís.

Cár. Si á tanto me reducis,

señora, considerad
que al punto puedo traer
tres amigos á mi lado,
para que mal vuestro grado
os hagan obedecer.

ESCENA III.

DON CÁRLOS. DOÑA SOL. HERNANI.

Her. (*Apareciendo de repente detras de él.*)
Uno olvidais.
(*El rey se vuelve, y ve á Hernani inmóvil detras de él, en la sombra, con los brazos cruzados, embozado en su larga capa, y alzada el ancha ala de su sombrero. Doña Sol lanza un grito de alegría, y corre á refugiarse en sus brazos.*)
El cielo me es testigo
que mas quisiera hallarle en otra parte.
Sol. Sálvame, Hernani, de él!
Her. Voy á salvarte.
Cár. (*Llamando.*)
Monterey! cómo es esto...? Qué se hicieron
mis amigos por ahí...?
Her. Vuestros amigos,
ya de los mios en poder cayeron,
y es en vano llamarlos, pues serian
inútiles... Por uno que os llègara,
sesenta de los mios llegarian,
que valen cada uno cara á cara
mas que vosotros todos. Por lo tanto,
cuál de nosotros quedará con vida...
la suerte de las armas lo decida.
Cómo! á ofender don Cárlos se atrevia
á tan noble doncella...
Fue imprudencia, señor, y cobardía...!!
Cár. (*Sonriendo con desden.*)
Calle el señor bandido,
que soy su rey.

Her. Yo no lo soy... con todo,
cuando me insulta un rey con amargura
mi cólera me eleva hasta su altura...
Y guarte...!! mas aterra
de mi frente la saña,
que la corona en tí, señor de España.
Loco estais, si aun os quedan esperanzas.
Sabeis qué mano es esta que os oprime?
(*Sacudiéndole el brazo.*)
Yo os lo diré... Mi padre, asesinado
por el vuestro, murió... Yo os aborrezco!
mis títulos, mis bienes usurpado
me habeis... os aborrezco! Ambos rivales
á la misma muger idolatramos.
Quereis robarme honor, esposa y calma...
os odio... os aborrezco con el alma.
Cár. Caballero...!
Her. Esta noche, sin embargo,
mi rencor olvidé. Solo pensaba
en ella... solo en ella me ocupaba.
Y viene el insensato...! Rey don Cárlos,
ya te tengo cogido;
para evitar mis iras, es ya tarde...
entre tus mismas redes has caido;
ya no hay remedio para tí, cobarde...!
Solo, y á discrecion de tu enemigo,
qué vas á hacer?
Cár. (*Con altivez.*)
Qué es eso? Hablais conmigo?
me interrogais á mí!
Her. Ah! Yo lo fio...!
no un oscuro enemigo ha de matarte;
no podrás al valor del brazo mio,
ni á mi terrible cólera esquivarte.
Defiéndete! (*Desenvaina la espada.*)
Cár. Soy rey, y señor vuestro:
heridme; yo no lidio.
Her. Ten presente,
señor, que ayer mi espada
se cruzó con la tuya.

Cár. Es diferente.
Hacerlo pude ayer; no os conocia,
ni vos á mí... mas ya nos conocemos;
ya sé quién sois...
Her. Tal vez...!
Cár. Ea, dejadme
en paz con tal empeño;
yo no me he de batir. Asesinadme...!!
Her. Piensas que hay nombres para mí sagrados?
En guardia, vive Dios...!!
Cár. Lo habeis oido;
asesinadme si quereis, bandido...!!

(*Hernani retrocede. Don Cárlos fija sobre él una mirada de águila.*)

Pensais que vuestras viles compañías,
rebeldes salteadores,
impunemente en las ciudades mias
han de ejercer sus bárbaros furores?
Que teñidas de sangre vuestras manos,
y saciados de oro,
habeis de simular en mi desdoro
apariencias ridículas de humanos?
Que víctimas nosotros engañadas
hemos de ennoblecer vuestros puñales,
y con ellos cruzar nuestras espadas?
No, no, que el crímen os persigue, y siempre
le llevais con vosotros por do quiera.
Batirnos con vosotros! Desvarío...!!
Atraviesa, rebelde, el pecho mio...!!

(*Hernani, sombrío y pensativo, manosea violentamente la empuñadura de su espada; luego se vuelve de pronto hácia el rey, y rompe la hoja sobre las piedras.*)

Her. Vete. En mejor sazon nos hallaremos.
Vete.

(*El rey se vuelve hácia él, y le mira por cima del hombro con desden.*)

Sol. (*Con alegría.*)
Hernani...!
Cár. Está bien! Dentro de poco
á nuestro regio alcázar volveremos,

y entonces, no hay cuidado,
nos el rey, ese orgullo bajaremos.
Se ha pregonado ya la recompensa
que tendrá quien os coja vivo ó muerto?

Her. (*Con desden.*)
Sí, ya se pregonó.

Cár. Pues yo os advierto
que voy desde instante á perseguiros,
á castigar vuestra soberbia loca,
que tanto me provoca,
y que habreis, vive Dios, de arrepentiros.
De todos mis estados os destierro.

Her. Ya desterrado estoy.

Cár. Bien!

Her. Pero Francia
cerca de España está... puerto seguro
en ella encontraré...

Cár. Pues cuando sea,
que pronto lo seré... de la Alemania
emperador... tambien de aquel imperio
os he de desterrar.

Her. Vana esperanza!
tendré el resto del mundo
donde burlar entonces tu venganza.

Cár. Burlarla! qué locura!!
Y cuando el mundo todo sea mio?

Her. Mia entonces será la sepultura...!!

Cár. Yo desharé esas tramas insolentes.

Her. A paso tardo la venganza llega;
pero llega por fin.

Cár. (*Riéndose con desprecio.*)
Rara osadía!
Tocar la dama que constante adora
este bandido...!!

Her. (*Colérico.*)
Calla! Todavía
estás en mi poder. No me recuerdes
que mezquino te tengo aqui en mis manos,
á tí, futuro Cesar de romanos,
y que si yo apretara

esta mano, en su germen
el águila imperial pulverizara.
Cár. Hacedlo.
Her. Vete, vete. Huye, y te cubre
con esta capa.
(*Quitase su capa, y se la da al rey.*)
Por tu vida temo
si alguno en nuestras filas te descubre.
(*El rey se emboza en la capa.*)
Vete ahora sin miedo. Mi venganza
de una muerte segura te preserva;
mas no por eso tengas esperanza,
que á morir á mis manos te reserva.
Cár. Caballero que hablais de esa manera,
la hora en que caigais mi prisionero
será de vuestra vida la postrera. (*Vase.*)

ESCENA IV.

HERNANI. DOÑA SOL.

Sol. (*Cogiendo de la mano á Hernani.*)
Ahora, huyamos.
Her. (*Deteniéndola con dulzura y seriedad.*)
Vida mia,
digno es por cierto de tí
ser mas dulce y tierna asi,
cuanto es mayor la agonía
que ya pesa sobre mí.
Es un noble proceder
unir tu suerte á mi suerte
en este trance, ¡oh muger...!
pero ya no puede ser,
que está muy cerca la muerte!
El cadalso cerca veo;
ya es tarde!
Sol. Qué dices?
Her. Sí!
ese rey, á quien aqui
en su loco devaneo

provoqué, ya contra mí
toda su gente conjura...
tal vez ya llegan... A Dios...!!
Sol. Calla! calla! qué locura...!
Te lo ruega mi ternura...
huyamos juntos los dos...!!
Her. Juntos, no! Ya es tarde... Hermosa!
cuando á mí te revelaste,
buena, cándida y piadosa...
cuando tu amor generosa
ofrecerme te dignaste,
pude yo mi suerte dura,
mi destierro, el amor mio,
ofrecer á tu hermosura,
porque en aquel desvarío
me alentaba tu ternura.
Hernani loco te amó,
su lecho ofrecerte osó
con el pan de su orfandad...
pero darte la mitad
de mi cadalso...! eso no...!!
El cadalso es para mí,
doña Sol, no para tí.
Sol. No me lo ofreció mi amante...?
Her. (*Arrodillándose delante de ella.*)
En este terrible instante,
¡oh! yo lo declaro, sí!
en este instante en que acaso
por fin de mi desventura,
de allá entre la sombra oscura
se me acerca paso á paso
terrible muerte segura.
Yo proscripto, condenado
desde mi sangrienta cuna
á ser siempre desgraciado,
digo que á nadie ha tratado
mejor que á mí la fortuna.
Porque, tú lo has dicho ahora,
sé que tu alma me adora
con su ternura infinita,

y que mi frente maldita
has bendecido, señora!
Sol. Seguirte pide mi amor;
seguirte al instante mismo.
Her. Si ya he gozado su olor,
por qué al caer al abismo
quieres que arranque la flor?
Oh! fuera un crímen! mi vida,
ya su aroma disfruté.
Sé felice, déjame.
Doña Sol, de mí te olvida,
y da á ese anciano tu fé.
Sol. No, yo te quiero seguir;
contigo quiero morir:
no me abandones, por Dios...!
Hernani... !!
Her. Déjame huir.
Sol. Huyamos juntos los dos... !!
Her. Déjame solo!
Sol. (*Desesperada.*)
Cruel!
Asi me arrojas de tí...
Amarle constante, fiel,
y no poder ¡ay de mí!
siquiera morir con él!
Her. (*Vacilando.*)
No quiero serte fatal,
causar tu muerte.
Sol. Insensato!
Oh! calla, no digas tal;
yo le creí tan leal...
y me abandona el ingrato!
Her. (*Volviendo con delirio.*)
Pues bien, sí, me quedaré:
tú lo quieres, aqui estoy;
jamas te abandonaré,
jamas, hermosa, porque
tuyo para siempre soy.
Oh! siéntate aqui, mi bien; (*Él se sienta á sus pies.*)
olvidemos el terror:

deja que apoye mi sien
sobre tus manos. Oh! ven...!
hablemos de nuestro amor.
No es dulce cosa ¡oh muger!
amarse asi con ternura,
estar solos, y saber
que nadie nos puede ver
en noche serena, oscura?
En tu seno déjame
á mi pena hallar consuelo...
doña Sol, mi amor, mi cielo.

(Se oye ruido de campanas á lo lejos.)

Sol. *(Levantándose despavorida.)*
Qué escucho? Levántate,
Hernani. Tocan á vuelo...!!
Al arma...!! Dios mio!

Her. *(Sin menearse.)*
No,
ese largo campaneo
anuncia nuestro himeneo.
No te asustes, calla.

(Aumenta el ruido de las campanas; gritos confusos; hachas y luces en las ventanas, en las calles, y sobre los techos.)

Sol. Oh!
Hernani! qué es lo que veo?
Zaragoza se ilumina!

Her. *(Incorporándose.)*
Viene á alumbrar nuestras bodas!

Sol. Viene á alumbrar nuestra ruina...!!

(Ruido de espadas, gritos.)

Her. *(Contemplándola estático.)*
Oh muger, muger divina...!!

Sol. Brillan las ventanas todas:
gente suena!

Her. *(Reclinándose en el banco de piedra.)*
Ven conmigo.
Ven á mis brazos!

Un Montañés. *(Sale corriendo con espada en mano.)*
Alerta,

señor, que ya el enemigo
está encima. (*Hernani se pone en pie.*)

Her. Ya te sigo.

Sol. (*Despavorida.*)
Huyamos por esta puerta.
Ah! bien lo dijiste... Ven...!

Mon. Socorro! socorro...!!

Her. (*Al Montañés.*)
Bien!
aqui estoy, nada hay perdido...!

Gritos fuera. Socorro!

Otros. Muera el bandido!

Her. (*Coge la espada del montañés.*)
A Dios! (*A doña Sol.*)

Sol. El paso deten.
A dónde vas? irte! no...!!

Mon. Que llegan los enemigos!

Sol. Yo soy quien te pierdo, yo!
Pero ven conmigo.
(*Indicándole la puertecilla abierta que está debajo del balcon.*)

Her. Oh!
yo dejar á mis amigos...!! (*Aumenta el tumulto.*)

Sol. Piensa que si mueres, muero.

Her. Dame un abrazo...!! (*)

Sol. Mi bien...!
mi esposo...! sí! (*Le abraza.*)

Her. Es el primero,
vida mia!

Sol. Y el postrero
acaso será tambien...!
(*Él se va con espada en mano: cáe el telon.*)

(*) En el original dice un *beso*; pero estando destinado este drama á la representacion, me ha parecido conveniente hacer esta y otras pequeñas modificaciones en atencion á la diferencia de costumbres. El *beso*, tan natural en Francia, hubiera escandalizado en España. Porque somos tan morales...!

ACTO TERCERO.

La escena es en el castillo de Silva, en las montañas de Aragon. — La galería de retratos de la familia de Silva; gran salon, decorado por estos retratos rodeados de ricas bordaduras; sobre ellos coronas ducales y escudos dorados. — En el fondo una alta puerta gótica. — Entre cada dos retratos una panoplia completa. — Todas estas armaduras de siglos diferentes.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA SOL, *vestida de blanco, y en pie al lado de una mesa.* DON RUY GOMEZ DE SILVA, *espléndidamente vestido, sentado en un gran sillon ducal de madera de encina.*

Ruy. En fin! hoy es el gran dia!
de aqui á un hora, mi duquesa
será doña Sol; el tio
acaba, el marido empieza.
Me has perdonado? Confieso
que fue injusta mi sospecha;
te he afligido, ¡pobre niña!
hice muy mal; yo debiera
oirte antes. Oh! cuánto
engañan las apariencias!
Qué injustos somos los hombres!
Alli estaban, cosa es cierta,
los dos galanes; con todo,
fue locura manifiesta

acusarte... mas qué quieres?
cuando uno es viejo...!

Sol. (*Inmóvil y grave.*)
Qué tema!
Quién os lo echa en cara?

Ruy. Yo...!
yo confieso mi flaqueza.
Hice mal; saber debia
que si es noble una doncella
no tolera galanteos,
y es recogida y honesta,
porque es doña Sol, y tiene
sangre española en las venas.

Sol. Sangre pura y noble, sí!
acaso pronto se vea.

Ruy. (*Levantándose, y acercándose á ella.*)
Escucha, no es uno dueño
de sí mismo, y mal pudiera
serlo cuando está perdido
de amor, como yo. Se encela
uno y es raro; por qué?
porque es viejo; porque tiembla
como á enemigos en otros
gracia, juventud, belleza,
y tiene de ellos envidia,
y de sí propio vergüenza.
Amarga ironía! y qué...?
si amor nuestro pecho quema,
si hace en fuego juvenil
que la vieja sangre hierva,
por qué el alma vivifica
y del cuerpo no se acuerda?
Si pasa un jóven pastor,
á tal mi delirio llega,
que mientras vamos los dos,
él en su verde pradera
cantando, y yo meditando
en mis tristes alamedas,
muchas veces á mis solas
me digo: "Oh torres soberbias

que heredé de mis mayores!
oh mi ducal fortaleza...!
cuán gozoso os trocaria,
mis puentes y mis almenas,
y mis campos y mis bosques,
y los rebaños sin cuenta
que pastan en mis colinas
y se estienden por mis vegas,
y mi título y mi nombre,
y la antigua serie escelsa
de mis ilustres abuelos
que ya pronto verme esperan,
y mis feudales rüinas,
y todo alegre lo diera
por su frente juvenil
y por su cabaña nueva!"
Porque sus ojos son bellos,
porque es negra su melena,
como la tuya, y sus ojos
cual los tuyos centellean.
Tú puedes verle y decir:
Es jóven! y luego ¡oh pena!
pensar en mí, que soy viejo,
diciendo: Qué diferencia!
Con todo, Silva es mi nombre,
y es antigua mi nobleza...
pero esto no basta: mira
á qué punto mi amor llega!
Muchas veces me lo digo...
y todo, porque quisiera
ser como tú, jóven, bello...
Delirio! yo como ella!
como ella que tan de lejos
me va siguiendo á la huesa!

Sol. Quién sabe?

Ruy. Sí, pero créeme,
que á veces las apariencias
nos engañan. Esos jóvenes
brillantes con oro y sedas
todo su amor lo evaporan

en palabras halagüeñas,
y si una niña inocente
llega á amarlos, pobre de ella!
Mientras se muere de amor
ellos á otra galantean,
y á otras mil, y sus victorias
cantando alegres celebran.
Todos esos pajarillos
que dulcemente gorjean
tienen hermoso plumage,
pero muda con frecuencia,
como su amor. Los ya viejos,
no son hermosos por fuera,
no cantan bien, pero aman
con mas constante fineza.
Lo mismo somos los hombres;
la edad nuestros ojos seca;
dobla el cuerpo á los ancianos,
su frente de arrugas llena;
mas qué importa? las arrugas
al corazon no le llegan.
Cuando ama un viejo, es preciso
compadecer su flaqueza;
el corazon siempre es jóven,
para sufrir siempre hay fuerza.
Como padre, como esposo,
qué sé yo? de mil maneras
te amo; como se ama al alba,
á la luz, á las estrellas,
al aire que respiramos,
al fuego que nos calienta.
Con verte todos los dias,
con ver tu dulce belleza
¡oh muger! tengo en el alma
contínua algazara y fiesta.

Sol. Oh...!!

Ruy. Bien parece, mi vida,
cuando un anciano comienza
á apagarse, de su tumba
cuando en el mármol tropieza,

que una muger, angel bello,
puro vaso de inocencia,
consienta en velar sobre él
resignada, amable, tierna,
y sufra al inútil viejo
que solo morir debiera.
Este esfuerzo generoso
de un alma jóven que acepta
tan sublime sacrificio;
que á un moribundo consuela
hasta el último suspiro
cual benigna providencia;
que aunque acaso no le ame
logra hacer que lo parezca
con su inefable dulzura,
en virtud sagrada, inmensa,
y el mundo si no la imita,
á lo menos la venera.
Oh! tú serás para mí
angel de paz en la tierra,
que del anciano infeliz
el alma triste recrea,
y de sus últimos años
el grave peso sustenta,
hermana, porque le ama,
hija, porque le respeta.
Sol. Oh! lejos de precederme,
que me sigais bien pudiera
ser, pues no es una razon
para durar en la tierra
el ser jóven. Muchas veces
los ancianos se conservan
en vida mas que los jóvenes,
y estos los párpados cierran,
como un abierto sepulcro
que deja caer su piedra.
Ruy. Qué triste conversacion!
vaya! sobre que debiera
reñirte! un dia como este
es de regocijo y fiesta.

Ademas... buena cachaza!
pues ya el momento se acerca;
cómo no estás aun vestida
para la capilla? Ea,
vístete pronto, al instante...
vé; tu tio te lo ruega.
El trage de boda!

Sol. Hay tiempo.

Ruy. No tal. (*A un page, que entra.*)
Qué es eso?

Pag. A la puerta,
señor, un hombre, un mendigo,
un peregrino, un cualquiera
en fin, os demanda asilo.

Ruy. Que entre al punto, sea quien sea.
El hombre á quien se da asilo
trae ventura al que le alberga.
Que entre. De las cercanías
se saben algunas nuevas?
Qué se dice del caudillo
traidor que capitanea
esas hordas atrevidas
de rebeldes que nos cercan?

Pag. Del leon de la montaña
se acabaron las proezas.

Sol. (*Aparte.*)
Cielos!

Ruy. (*Al page.*)
Qué dices?

Pag. Señor,
asi á lo menos se suena
por ahi; la tropa rebelde
toda destruida queda.
Dicen que el rey en persona
los persigue. La cabeza
de Hernani por mil escudos
se vende á la hora de esta;
pero dicen que ya ha muerto.

Sol. (*Aparte.*)
Ah! sin mí...!!

Ruy. Sea enhorabuena!
Alegría, doña Sol;
vé á vestirte, dulce prenda,
con todo lujo: hoy tenemos
doble motivo de fiesta.
Vé á vestirte.
Sol. (*Aparte.*)
Sí, de luto...!! (*Vase.*)

ESCENA II.

DON RUY GOMEZ DE SILVA. EL PAGE.

Ruy. (*Al page.*)
Haz que al momento la ofrezcan
el magnífico aderezo
de diamantes y de perlas
que la regalo. (*Se sienta.*) Tocada
y lujosa quiero verla
como una imagen de altar,
y gracias á su belleza
y á mi aderezo, por Dios
que hoy ha de estar mi duquesa
tal, que absorto se arrodille
á sus plantas quien la vea.
Y el otro que está aguardando...
qué descuido! di que venga
al instante, y que perdone
la tardanza. Corre, vuela.
(*El page saluda, y vase.*)
Hacer esperar á un huésped...!
Vamos, lo siento de veras...!
(*Abrése la puerta del fondo, y entra Hernani disfrazado de peregrino. El duque se pone en pie.*)



ESCENA III.

DON RUY GOMEZ DE SILVA. HERNANI.

Her. (*Deteniéndose en el dintel de la puerta.*)
Paz y consuelo divino
sea con vos, señor!
Ruy. (*Saludándole con la mano.*)
Consuelo
y paz os dé á vos el cielo,
mi huésped. Sois peregrino? (*Se sienta.*)
Her. (*Inclinándose.*)
Sí.
Ruy. Vos de Armillas venís?
Her. Otro camino he tomado:
habia guerra en aquel lado.
Ruy. Guerra habia? qué decis?
Sin duda encontrado habeis
á los rebeldes?
Her. No sé.
Ruy. Y el caudillo Hernani? Qué
ha sido de él? Lo sabeis?
Her. Quién es ese hombre? por mí,
no le conozco, señor.
Ruy. Con que no? tanto peor,
peregrino, para tí!
La suma no ganarás
que el rey ofrece por él.
Ese Hernani es un infiel,
un traidor... Si á Madrid vas
podrás verle ahorcar.
Her. No voy
á Madrid.
Ruy. Al atrevido
que le prenda, ese bandido
pertenece desde hoy.
Her. (*Aparte.*)
Que vengan!

Ruy. Y adónde ahora
vas, peregrino?
Her. Señor,
á Zaragoza.
Ruy. En honor
tal vez de nuestra Señora
has hecho un voto?
Her. Asi es.
Ruy. De la Vírgen del Pilar?
Her. Justo; la voy á adorar,
y me volveré despues.
Ruy. Bien: ese voto es sagrado,
y asi se debe cumplir,
que no se puede infringir
sin cometer gran pecado.
Mas solo eso te propones?
ver el Pilar y volver?
Her. Eso solo. Quiero ver,
en medio de cien blandones,
en su magnífico altar,
con su angélica hermosura,
en su rica vestidura,
á la Vírgen del Pilar...
y luego volverme.
Ruy. Bien:
cómo te llamas? Mi nombre
es Ruy de Silva, rico-hombre
de Aragon. Dime tambien
el tuyo.
Her. (*Dudando.*)
Mi nombre...?
Ruy. No,
no le digas, si no quieres.
Nadie de saber quién eres
tiene derecho, ni aun yo,
en mis estados. Amigo,
me pedís asilo?
Her. Sí.
Ruy. Entonces quedaos aqui,
que estais seguro conmigo.

Ademas, gracias os doy
porque vinisteis, buen hombre:
por lo que hace á vuestro nombre
os llamareis desde hoy
mi huésped, y nada mas.
Si me lo enviara Dios,
como os doy asilo á vos,
se lo diera á Satanás.

(*Abrense las dos compuertas del fondo, y entra doña Sol en rico trage de boda. Pages, donceles, dos damas que traen sobre un almohadon un cofrecillo de acero cincelado, en que se ve un magnifico aderezo; corona de duquesa, braceletes, collar, perlas, brillantes &c.*

ESCENA IV.

DON RUY GOMEZ DE SILVA. HERNANI. DOÑA SOL.

(*Hernani, absorto, contempla á doña Sol con ardientes ojos, sin escuchar al duque.*)

Ruy. Esta es mi vírgen, esta es mi señora!
arrodíllate ante ella, peregrino;
esta es la hermosa que mi pecho adora!

(*Va á ofrecer la mano á doña Sol, que continúa grave é inmóvil.*)

Ven, doña Sol; pero el nupcial anillo,
de nuestro enlace emblema,
por qué no traes y la ducal diadema?

Her. (*Con voz de trueno.*)
Quién quiere aqui ganar de los presentes
mil escudos de oro?

(*Todos se vuelven asombrados; rasga él su hábito de peregrino, le pisotea, y aparece en trage de montañés.*)

Yo soy Hernani...!

Sol. (*Ap. con alegría.*)
Hernani! yo te adoro!

Her. (*A los criados.*)
Yo soy el hombre á quien hallar procuran.
(*Al duque.*)
Queríais saber ¡oh duque! si me llamo

Perez ó Diego? No! me llamo Hernani,
nombre mas bello, nombre de proscripto,
de rebelde tambien! Veis mi cabeza?
pues bien! bastante oro
vale para pagar esa grandeza. (*A los criados.*)
A todos os la doy! Venid, tomadme!
venid, sereis pagados...!
De pies y manos al instante atadme;
pero es inútil, sí! ya me sujeta
una cadena dura
que no puedo romper!

Sol. (*Aparte.*)
Ah!

Ruy. Qué locura...!
mi huésped es un loco...!!

Her. Es un bandido.

Sol. No le escucheis!

Her. Ya he dicho.

Ruy. Caballero...
mil escudos de oro! Es fuerte talla;
y qué sé yo si habrá quien...

Her. Eso quiero!
Entregadme!

Ruy. Callad!

Her. (*A los criados.*)
Hernani!

Sol. (*Al oido con voz doliente.*)
Calla...!

Her. (*Volviéndose á doña Sol.*)
Bodas hay por aqui! Yo me convido
á la boda tambien. Tambien me espera
mi novia á mí...! No es, duque, tan hermosa
como la vuestra, por mi mala suerte...
pero sí tan leal, porque es la muerte...!
Nadie se llega á mí?

Sol. (*En voz baja.*)
Piedad!

Her. (*A los criados.*)
Amigos,
mil escudos de oro!

Ruy. Es el demonio...!
Her. (*A un pagecillo.*)
Ven! tú serás rico...
y entonces, de criado que ahora eres,
pasarás á ser hombre...! Y qué? no quieres?
Y tú tiemblas tambien! Suerte maldita!
Ruy. Hermano, si uno de ellos entregara
tu cabeza proscripta,
vive Dios que la suya lo pagara.
Aun cuando Hernani, aunque el demonio fuera
mi huésped, aunque en vez de mil escudos
por su vida un imperio se ofreciera,
le debe proteccion la espada mia;
y aun contra el mismo rey le protegiera,
hermano, porque Dios es quien le envia.
No ha de caer, lo juro, de su frente
ni tan solo un cabello. (*A doña Sol.*) Mi sobrina,
volved á vuestra estancia. De aqui á un hora
sereis mi esposa. Voy de mi castillo
las puertas á cerrar y á armar mi gente. (*Vase.*)
Her. (*Ap. mirando con desesperacion su cintura desarmada.*)
Oh! si tuviera al menos un cuchillo...!!
(*Doña Sol, luego que sale el duque, da algunos pasos como para seguir á sus doncellas; luego se para, y apenas salen ellas vuelve hácia Hernani y le mira con ansiedad.*)

ESCENA V.

HERNANI. DOÑA SOL.

(*Hernani inmóvil considera con fria mirada el aderezo nupcial colocado sobre la mesa; luego menea la cabeza, y sus ojos se inflaman.*)
Her. Soberbio aderezo!
por Dios que me hechiza!
tan ricas alhajas
me asombran, me admiran!
No hay duda; es seguro

que todas son finas,
las perlas, las joyas...
de engañar habia
quien ya del sepulcro
los umbrales pisa?
Collares, pendientes,
(Examinando una á una todas las piezas del aderezo.)
rica pedrería,
y ducal diadema,
y nupcial sortija,
nada falta... bien...!
Gracias infinitas,
señora, por esa
lealtad que os sublima...!
Infame inconstancia!
vil alevosía...!
Mas qué digo, necio?
mi labio delira;
soberbio aderezo...!
por Dios que me hechiza...!!

Sol. (*Saca del fondo del aderezo un puñal.*)
No llegas al fondo...
y si llegas, mira...!!
(*Lanza Hernani un grito de alegría, y cae de rodillas.*)
Este es el puñal
que con la divina
ayuda á don Cárlos
arranqué atrevida
cuando su corona
á mis pies ponia,
y que yo rehusé
desdeñosa, altiva,
por tí, que me ultrajas
con tanta injusticia!

Her. (*De rodillas.*)
Ah! deja ¡oh muger!
que aqui de rodillas
enjugue ese llanto
que me martiriza,

y en cambio á tus lágrimas
te ofrezca mi vida!

Sol. (*Enternecida.*)
Hernani, yo te amo,
te perdono.

Her. Oh dicha!
y será posible?
tu voz lo repita.

Sol. Te amo, y á nadie
sino á tí amaria.

Her. Me perdona, me ama
tierna, compasiva
á mí, que la ultrajo
con loca osadía...!
Mas yo perdonarme
no puedo mis iras,
ni puedo olvidarlas
aunque las olvidas.
Angel de los cielos...
mi amor, mi delicia,
besar yo debiera
la tierra que pisas!

Sol. Pensar que tu imagen
olvidar podria
esta alma de fuego
que por tí delira!
que á otro amor pudiera
humillarse indigna
un alma en que reina
tu imagen querida!

Her. Blasfemia! Y yo pude
en hora maldita
dudar insensato
de mi dulce amiga .
Oh! yo en tu lugar
cansada estaria
de un loco furioso
á quien todo irrita,
que hiere primero
y luego acaricia!

Sol. Ah! tú no me amas!
Her. Mi cielo, mi dia
eres tú; tú el aire
que mi alma respira,
fuente para mí
de toda alegría,
la luz de mi noche,
el sol de mi vida.
Mas dime, es verdad
que si á huir me obliga
la suerte, verás
que no es culpa mia,
ni podrás conmigo
enojarte...?
Sol. Mira
si podré enojarme
en la tumba fria.
Her. Morir! eso no!
morir... pobre niña!
por este infelice
de morir habias...!
Sol. (*Llorando, y cayendo en un sillon.*)
Pues por quién?
Her. (*Sentándose junto á ella.*)
Oh! lloras!
por qué no castiga
al cruel que te aflige
del cielo la ira?
Si ahora me perdonas
tú, caritativa,
oh! por qué á lo menos
no habrá quien te diga
lo que mi alma sufre
cuando el llanto brilla
en tus dulces ojos,
que son mi alegría?
Ya de mis amigos
ninguno respira...
qué horror! á los filos
de espada enemiga

cayó derrotada
mi noble cuadrilla...!
Loco estoy! odiosa
providencia impía!
Soy cruel... injusto
contigo, y mil vidas
por tí sin embargo
contento daria.
No llores... muramos
los dos... no resistas,
ó muero á tus plantas,
las súplicas mias.
Muramos! hermosa,
con piedad me mira!
Si un mundo tuviera
para tí sería...
pero solo puedo,
criatura divina,
darte mi existencia,
odiosa, proscripta...
Infeliz...!

Sol. (*Echándole los brazos al cuello.*)
Tú eres
mi suprema dicha,
piadoso si vences,
valiente si lidias...
Hernani, mi pecho
te adora, te admira!

Her. Qué bien tan supremo
el amor sería,
si en ciertos momentos
quitara la vida...!

Sol. Hernani, te amo!

Her. (*Deja caer la cabeza sobre el hombro de doña Sol.*)
Dulce me sería
morir á los golpes
de aguda cuchilla,
con tal que con ella
me hirieras tú misma.

Sol. (*Suplicante.*)
No temes que airada
de Dios la justicia
castigue esas vanas
palabras impías?
Tiembla su terrible
saña vengativa...!
Resígnate, Hernani,
y á tu amada imita,
y pide que el cielo
nuestro amor bendiga...!
Her. Pues bien, que nos una!
lo quieres? Pues mira...
tuyo soy! bastante
resistí, alma mia...!
oh! ven á mis brazos,
angel de mi vida...!!
(*Ambos abrazados se miran con éxtasis, sin ver, sin oir, y absortos en aquella mirada. Entra don Ruy Gomez, y se para en la puerta como petrificado.*)

ESCENA VI.

HERNANI. DON RUY GOMEZ DE SILVA. DOÑA SOL.

Ruy. (*Inmóvil, y cruzando los brazos.*)
Asi se paga en el dia
la buena hospitalidad...!!
(*Ambos se vuelven despavoridos.*)
Esto nos trae nuestro huésped...!
traicion, traicion infernal...!!
Buen viejo! Para salvarme
vé tu guardia á reforzar;
vé á ver si estoy bien seguro
en tu castillo feudal,
si está bajado el rastrillo,
si la puente alzada está;
recórrele con tu gente,
vé á buscar en tu arsenal
tu armadura de batalla;

haz que ensillen tu alazan;
á sesenta años, por mí
vete, anciano, á pelear;
sé conmigo honrado, noble,
y yo seré desleal,
villano, y traidor contigo...
horror! infamia! maldad!!
Sesenta años he vivido
en este mundo, y aun mas;
muchos bandidos he visto
secuaces de Satanás,
hereges, que sus maldades,
morian sin abjurar;
he visto á Borja y á Sforcia
escándalo de Milan;
veo en el dia á Lutero
monstruo de la cristiandad;
he visto cuantos horrores
se pueden imaginar...
pero traicion tan insigne,
tan negra perversidad,
que de incurrir no temblase
en la ira celestial,
siendo traidor á su huésped,
no lo habia visto jamas.
Oh! no es esto de mis tiempos!
tan infame deslealtad
al anciano petrifica
de su casa en el umbral,
y hace que segun inmóvil,
atónito y mudo está,
parezca sobre su tumba
una estátua sepulcral!

(*Alza los ojos á los retratos, y los recorre todos con la vista.*)

Oh moros y castellanos!
este hombre quién es? hablad:
oh mis ínclitos mayores
los Silvas que me escuchais,
perdonad si á vuestros ojos

yo aqui la hospitalidad
maldigo...! si en nombre de ella
juro que me he de vengar!
Her. Ruy Gomez de Silva, si
algun pecho noble hay,
si hay alma en que se conserve
la antigua santa lealtad,
será la vuestra, señor,
la tuya, oh huésped, será!
Yo por mi parte no tengo
nada que decirte ya,
sino que soy un malvado
á quien debes castigar.
Quise robarte tu esposa,
manchar tu lecho nupcial,
pagar asi tus favores...
soy infame, no es verdad?
Mas ya lo he dicho, mi huésped;
sangre tengo, viértela,
limpia tu espada, y de mí
no te vuelvas á acordar.
Sol. Señor, no es él! solo yo
soy la culpable...!
Her. Callad,
doña Sol; este momento
último que pasará
sobre mí, me pertenece:
doña Sol, dejadme hablar.
Creedme, duque; yo lo juro,
mi labio no mentirá:
yo soy culpable, ella pura,
inocente, angelical...
creed mis últimas palabras.
Esta es, duque, la verdad.
Sol. (*Arrodillándose.*)
Ah! yo sola soy culpable,
porque le amo!
(*Al oirlo se vuelve don Ruy Gomez estremeciéndose, y fija en doña Sol una mirada terrible.*)
Ruy. Le amais!

Pues tiembla! (*A Hernani.*)

(*Oyése ruido cercano de trompetas.*) – (*A un page, que entra.*)

Qué ruido es ese?

Pag. Es el rey que llega ya
con cien lanzas y su heraldo.

Sol. El rey! oh golpe fatal!

Pag. (*Al duque.*)
Pregunta por qué la puerta
cerrada á su gente está,
y manda abrir.

Ruy. Al instante
abran á su alteza!

Sol. Ah!

(*El page saluda, y vase.*)

perdido está sin remedio!

(*Don Ruy Gomez se llega á uno de los cuadros, que es su propio retrato, el último á la izquierda. Empuja un resorte; el retrato se abre como una puerta, y deja ver un escondrijo abierto en la pared. El duque se vuelve á Hernani.*)

Ruy. Aqui, caballero, entrad.

Her. Vuestra es mi vida, señor;
de ella haced lo que querais,
porque soy vuestro, y estoy
pronto á morir.

(*Entra en el escondrijo. Don Ruy Gomez aprieta el resorte, y el retrato vuelve á ocupar su sitio.*)

Sol. (*Al duque.*)
Oh! piedad,
piedad, señor, para él!

Ruy. Silencio!

Pag. (*Entrando.*)
Su alteza real...!

(*Doña Sol baja precipitadamente su velo; ábrese la puerta de par en par. Entra don Cárlos en trage de batalla, seguido de una multitud de caballeros igualmente armados, partesaneros, arcabuceros y ballesteros; adelántase con lentos pasos, la mano izquierda en el puño de su espada, la diestra sobre el pecho, y fija en el an-*

ciano duque una mirada de desconfianza y de cólera. El duque se acerca á él, y le saluda profundamente; silencio, ansiedad y terror en todos los presentes. En fin, el rey levanta de pronto la cabeza, y mira al duque cara á cara.)

ESCENA VII.

DON RUY GOMEZ DE SILVA. DOÑA SOL, *cubierta con su velo.* DON CÁRLOS. COMITIVA.

Cár. En qué consiste, mi primo,
que tan bien cerrada ahora
está tu puerta? Por Dios
que no creí que tan pronta
estuviese á relucir
en tu mano sesentona
tu daga, cuando venimos
á verte... Cierto, me asombran
esos brios... por su edad
ya la creí mas juiciosa.
(*Don Ruy Gomez quiere hablar, y el rey prosigue con imperioso ademan.*)
Ya es tarde para venirnos
con locuras tan impropias
de esas canas venerables
que tu noble sien decoran.
Qué es esto? En tierra de moros
estamos? Boabdil me nombran
ó Almanzor, y no don Cárlos,
para que en tu audacia loca
nos cierres la puerta á nos
y lo mismo á nuestras tropas?
Ruy. (*Saludando.*)
Señor...
Cár. (*A sus caballeros.*)
Guardad las salidas
y coged las llaves todas!
(*Salen dos caballeros; otros muchos forman á los*

soldados en triple hilera en el salon. Don Cárlos se vuelve al duque.)

Las antiguas rebeliones
despertais...!! Par diez! qué importa?
Bien! si conmigo los duques
fueros de duques se toman,
con ellos fueros de rey
tomará el rey, y en persona,
en sus nidos almenados
irá por montes y rocas
á destruir señoríos
con sus manos vencedoras.

Ruy. (*Levantando la cabeza.*)
Siempre los Silvas leales
fueron...

Cár. (*Cada vez mas irritado.*)
Basta de lisonjas,
y responde, duque, ó hago
arrastrar tus orgullosas
once torres y te arranco
de las sienes tu corona.
Aun del incendio apagado
quedan chispas, aunque pocas;
el gefe de los rebeldes
vive aun... y el que en la sombra
le sustrae á mi venganza
eres tú... traicion odiosa!
tú al rebelde Hernani escondes
en tu castillo!

Ruy. Mi boca
no miente jamas; es cierto
cuanto dijísteis ahora.

Cár. Bien! tu cabeza ó la suya
necesito, entiendes?

Ruy. (*Saludando.*)
Cosa
es esa en que puedo al punto
complaceros.

(*Doña Sol se tapa el rostro con las manos, y cae en un sillon.*)

Cár. Ah! ya tomas
otro tono... te arrepientes?
vé á traerme sin demora
mi prisionero.

(*El duque cruza los brazos, baja la cabeza y queda un momento pensativo; él y doña Sol se observan en silencio y agitados por sensaciones opuestas; en fin, el duque levanta la cabeza, coge de la mano al rey, le lleva en frente del mas antiguo de los retratos, el que da principio á la galeria á la derecha del espectador.*)

Ruy. (*Señalando el retrato.*)
Escuchad!
De la familia gloriosa
de los Silvas, el primero,
el grande hombre, nuestra honra,
este es, don Silvio, que fue
tres veces cónsul de Roma.
(*Da don Cárlos señales de impaciencia.*)
(*A otro retrato.*)
Este es Ruy Gomez de Silva,
tan celebrado en la historia,
de Calatrava y Santiago
gran maestre. A quién no asombra
ver su gigante armadura
que ya ninguno soporta?
Tomó trescientas banderas,
derrotó á la gente mora
treinta veces; pero el rey
conquistó á Antequera, á Arjona,
á Motril, y murió pobre...
Respetemos su memoria...!!

(*Saluda, se descubre, y pasa á otro retrato. El rey le escucha con impaciencia y despecho.*)

Juan, su hijo, junto á él;
cuantos de honrados blasonan
y de buenos caballeros
por su dechado le toman.
(*Pasa á otro.*)
Aquel otro es don Gaspar,
honor de Silva y Mendoza...!

De toda noble familia
algo á los Silvas les toca.
Alencastre nos envidia,
nuestra amistad Lara implora,
los Maldonados nos temen,
y los Manriques nos odian.
Al mismo tiempo tocamos
con la planta desdeñosa
á los duques, con la frente
á las reales coronas!
(*Pasa á otro.*)
Este es Vazquez el leal,
tan famoso por su gloria!
Otros paso, ya un mejores.
Aquella cabeza hermosa
es mi padre; aunque el postrero
fue muy grande por sus obras.
A su amigo Alvar Giron
apresaron en Illora
los moros; pero mi padre
consigo cien lanzas toma,
la estátua de Alvar Giron
sobre un caballo coloca
y se la lleva, jurando
por la Vírgen su patrona
que no ha de tornar atras
si atras la estátua no torna.
A los moros va buscando;
los halla en fin, los arrolla,
y salva al conde su amigo
despues de una gran victoria.

Cár. (*Fuera de sí.*)
Mi prisionero!!

Ruy. Ese era
un Gomez de Silva.

Cár. (*Furioso.*)
Pocas
palabras, y venga al punto
mi prisionero, y si osas
resistir...!!

Ruy. (*Se inclina delante del rey, le coge la mano y le lleva al último retrato, detras del cual está escondido Hernani. Doña Sol le sigue con los ojos, con ansiedad.*)

Este retrato
es el mio. Oidme ahora.
Gracias os doy, rey don Cárlos,
por vuestra accion generosa,
pues quereis que al verme aqui
digan para mi deshonra:
"Este indigno descendiente
de la mejor sangre goda
fue un traidor que de su huésped
vendió la vida preciosa
de sus ínclitos mayores
profanando la memoria!"

(*El rey, confuso, se aleja colérico, y queda un momento en silencio, trémulo, y los ojos encendidos.*)

Cár. He de arrasar tu castillo,
duque, porque me incomoda!

Ruy. Si le hago reedificar
me pagareis vos las costas,
no es verdad?

Cár. Tambien haré,
don Ruy Gomez, si me enojas,
sembrar de cáñamo el sitio
donde mis iras provocas.

Ruy. Eso es mejor que una mancha
de los Silvas en la gloria,
no es verdad? decidlo todos! (*A los retratos.*)

Cár. A caso de mí te mofas?
Su cabeza prometiste.

Ruy. (*Descubriéndose.*)
He prometido una ú otra.
Tomad la mia.

Cár. Por Dios,
que mi paciencia se agota!
Entrégamele!

Ruy. Ya he dicho.

Cár. (*A su comitiva.*)
Pues bien! registrad por todas

partes; que no quede pieza,
por escondida ó por honda,
sin registrar...

Ruy. Mi castillo
es fiel como mi persona.
El solo está en el secreto,
y no hay miedo que le rompa.

Cár. Soy el rey!

Ruy. Si piedra á piedra
mis torres no desmoronan,
si á su dueño no asesinan,
será diligencia ociosa
querer hallarle, porque
os juro que no lo logran.

Cár. Todo es en vano; amenazas,
súplicas... bien! Reflexiona
lo que te voy á decir.
O me entregas sin demora
mi prisionero, ó derribo
castillo y cabeza.

Ruy. (*Saludando.*)
Dóila.

Cár. Corriente! asi dos cabezas
en vez de una me tocan. (*Al duque de Alcalá.*)
Prended al duque, don Jorge,
como gefe de mi escolta!

Sol. (*Arráncase el velo, y se precipita entre el duque y los guardias.*)
Rey don Cárlos, sois por Dios
un mal rey...!!

Cár. (*Volviéndose, y dando un grito de sorpresa.*)
Cielos! Señora!
aqui doña Sol!

Sol. Don Cárlos...
no tienes sangre española!

Cár. (*Turbado y confuso.*)
Severa sois para el rey,
tan severa como hermosa.
(*Acércase á doña Sol, y añade en voz baja.*)
Vos me habeis hecho tirano...

pues de qué os quejais, señora?
El infeliz á quien vos
despreciais tan desdeñosa,
por vos de todo se olvida
y la virtud abandona...
Cuán cerca está de ser malo
el que aborrecido adora!
Tal vez, si hubierais querido,
yo era grande! mi memoria
hubiera sido el ejemplo
de las edades remotas.
Yo hubiera sido el leon
de Castilla; vuestra cólera
en tigre me ha convertido...
Callad pues si ruge ahora.

(*Doña Sol le echa una mirada imperiosa, y él se inclina.*)

Con todo... obedeceré. (*Volviéndose al duque.*)
Primo, tu firmeza te honra.
Tu escrúpulo al fin y al cabo
algo tiene que le abona
á mis ojos... el deber,
la hospitalidad... Es cosa
que te puedo perdonar,
y tu rey te la perdona,
porque es mas bueno que tú,
fuerza es que lo conozcas.
Mas con todo, justo es
que una condicion te ponga,
no mas; me llevo en rehenes
á tu sobrina.

Ruy. Esa sola...!!

Sol. (*Balbuciente.*)
A mí, señor!

Cár. Sí.

Ruy. No mas!
clemencia maravillosa!
generoso vencedor...!
piedad inaudita, heróica,
que perdona la cabeza

y las entrañas destroza !!

Cár. Elige: el traidor, ó ella:
dame una respuesta, y pronta.

Ruy. Como querais !!

(*El rey se acerca á doña Sol, que se refugia junto á don Ruy Gomez.*)

Sol. Oh! Salvadme... !!

(*Se contiene, y añade aparte.*)

Infeliz! Ah! yo estoy loca:
qué he de hacer? el rey lo exige...
ó su cabeza ó la otra!
primero morir... !! Ya os sigo. (*Al rey.*)

Cár. (*Aparte.*)
Cedió: cantemos victoria!
Al fin habrá doña Sol
de mostrarse mas piadosa!

(*Va doña Sol al cofrecillo, le abre, y saca de él el puñal, que se guarda en el pecho. Don Cárlos se acerca á ella y la ofrece la mano.*)

Cár. Qué tomais?

Sol. Tomo, señor,
una magnífica joya.

Cár. (*Sonriendo.*)
Ah! veamos.

Sol. La vereis.

(*Da la mano á don Cárlos, y se dispone á seguirle. Don Ruy Gomez, que ha estado hasta entonces profundamente absorto en su dolor, se vuelve, y da algunos pasos gritando.*)

Ruy. Doña Sol !! Oh suerte odiosa!
Doña Sol !! Pues aqui el hombre
entrañas tiene de roca,
porque torres y armaduras
sobre mí no se desploman!
(*Se dirige al rey.*)
Dejádmela! Yo no tengo
mas que á ella... !!

Cár. (*Soltando la mano de doña Sol.*)
Pues afloja
mi prisionero.

(El duque baja la cabeza, y queda entregado á una horrible agitacion; fija la vista en los retratos cruzando las manos.)

Ruy. Piedad!

piedad mi labio os implora!

(Da un paso hácia la puerta secreta; doña Sol le sigue con los ojos; de nuevo se vuelve hácia los retratos.)

No puedo! vuestras miradas

en el deber me confortan...!!

(Acércase lentamente á su retrato, y de nuevo se vuelve hácia el rey.)

Lo exiges?

Cár. Sí.

(El duque levanta la mano, temblando, al resorte.)

Sol. Cielo santo...!!

Ruy. *(Cayendo á los pies del rey.)*

Por piedad, mi vida toma...!!!

Cár. Tu sobrina.

Ruy. Mátame,

pero déjame la honra.

Cár. *(Volviendo á coger de la mano á doña Sol.)*

A Dios, duque.

Ruy. Nos veremos.

(Sigue con la vista al rey, que se retira con doña Sol, y luego echa la mano á su daga.)

Guárdeos Dios...!!

Cár. Venid, señora...!

(Vuelve don Ruy Gomez al centro del teatro, jadeando, inmóvil, sin ver ni oir, los ojos fijos, los brazos cruzados sobre el pecho: en tanto sale el rey con doña Sol, y detras de ellos toda la comitiva de dos en dos, por orden; van hablando unos con otros en voz baja. Apenas han salido, alza don Ruy Gomez los ojos, y ve que está solo: corre hácia la pared, baja dos espadas de una panoplia, las mide, y las pone sobre una mesa; luego se llega al retrato, empuja el resorte, y la puerta se abre.)

ESCENA VIII.

DON RUY GOMEZ DE SILVA. HERNANI.

Ruy. Sal.
(*Sale Hernani, y don Ruy le enseña las dos espadas que estan sobre la mesa.*)
Elige. Ya su alteza
de mi castillo salió:
ya he salvado tu cabeza...
ahora la cuenta empieza
entre mi huésped y yo.
Las armas vas á escoger...
tiemblas acaso, por Dios...!
tiemblas como una muger...!!
Vamos!
Her. Batirnos los dos...!
anciano, no puede ser.
Ruy. No eres noble? Noble ó no,
conmigo te has de batir;
todo hombre que me afrentó,
para lidiar y morir
es tan noble como yo.
Her. Anciano!
Ruy. Ven á matarme,
ó ven á morir, mancebo!
Her. Iré á morir; en salvarme
te empeñaste, anciano, y debo,
pues lo quieres, resignarme.
Mas mi vida tuya es:
aqui... postrado á tus pies,
yo te la doy, tómala.
Ruy. Tú lo quieres? bien está...
No te arrepientas despues...!
Tu alma encomienda á Dios.
Her. No! mi súplica postrera
es, anciano, para vos.
Por compasion déjanos

vernos antes que yo muera.

Ruy. Verla!

Her. Al menos déjame
su dulce voz escuchar
una vez... No la hablaré...
tú lo podrás presenciar;
y en seguida, mátame.

Ruy. (*Señalando la puerta con la mano.*)
Cielo santo! Y no has podido
en ese asilo escondido
lo que hemos hablado oir?

Her. Anciano, nada he oido.

Ruy. Por salvarte de morir
todo lo he sacrificado,
mi felicidad, mi fama...
á doña Sol he entregado...
por tí el rey se la ha llevado...

Her. Viejo estúpido!! La ama...!!

Ruy. La ama...!!!

Her. Sí, es nuestro rival;
nos la arrebata el traidor...!!

Ruy. Vasallos...! trama infernal...!
á caballo! á mi arsenal...!!
Persigamos al raptor!

Her. Escúchame: la venganza
no se ha de precipitar;
cuando al fin lo ha de lograr
no le importa la tardanza
al que se quiere vengar.
Tuyo soy, puedes matarme...
pero déjame de hoy mas
en tu venganza emplearme...
déjame tambien vengarme,
y luego me matarás.

Ruy. Dime, y tendrás la entereza
de cumplirlo? Estás seguro
de no mostrarme flaqueza?
Júralo...!!

Her. Por la cabeza
de mi padre te lo juro.

Ruy. Y nunca lo olvidarás?
Her. (*Presentándole la bocina que se quita del cinto.*)
Toma mi bocina... espera...!
no lo olvidaré jamas...
cuando quieras que yo muera
con esta me llamarás...!
Do quiera, en cualquier momento
en que me llames, iré!
Ruy. (*Presentándole la mano.*)
Dame tu mano!
Her. Y mi fé...! (*Se aprietan la mano.*)
Ruy. (*Levantando la mano izquierda hácia los retratos.*)
Su solemne juramento
escuchad...
Her. Lo cumpliré... !!



ACTO CUARTO.

El subterráneo que contiene el sepulcro de Carlo-Magno en Aquisgran; grandes bóvedas de arquitectura lombarda. — Gruesos pilares, arcos de semicírculo, capiteles de pájaros y de flores. — A la derecha, el sepulcro de Carlo-Magno con una puerta de bronce, baja, y en semicírculo por su parte superior. — Una sola lámpara pendiente de una clave de la bóveda ilumina su inscripcion: KAROLO-MAGNO. — Es de noche; no se ve el fondo del subterráneo; la vista se pierde en las bóvedas y pilares que se cruzan en la sombra.

ESCENA PRIMERA.

DON CÁRLOS. DON RICARDO. (*Embozados en largas capas.*)

Ric. (*Con la cabeza descubierta; lleva una linterna en la mano.*)
Aqui es, señor.
Cár. Aqui
la liga á reunirse va?
Asi todos de una vez
entre mis manos caerán.
Honrado elector de Tréveris,
este sitio les prestais?
Bien...! yo os doy la enhorabuena;
no habeis elegido mal.
Aqui entre estas sepulturas
sus tramas prosperarán;
aguzado sobre tumbas

hiere mejor un puñal.
Con todo... mucho aventuran
los que van á conspirar;
aventuran... Friolera!
su cabeza y nada mas.
Par diez que eligieron bien!
si se les frustra su plan,
para llegar al sepulcro
tendrán muy poco que andar. (*A don Ricardo.*)
Se estienden mucho estas bóvedas
debajo de la ciudad?

Ric. Hasta el castillo.

Cár. Pues sobra.

Ric. Y aun otras mayores hay
por aqui, que de Altenheim
hasta el monasterio van.

Cár. Donde Rodulfo á Lotario
esterminó? Bien está.
Decidme de nuevo, conde,
los nombres, la calidad
de todos los conjurados,
y hasta las quejas que dan
contra mí.

Ric. Primeramente
el duque de Gotha.

Cár. Ya!
Bien sé yo por qué conspira
el duque, y es natural;
en el trono de Alemania
quiere ver á un aleman.

Ric. Hohemburgo.

Cár. Ese Hohemburgo
es un ente original;
entre el diablo y mi persona
prefiriera á Satanás.

Ric. Don Bustos Tellez Giron.

Cár. Español y desleal...!!

Ric. Dicen que os halló en la estancia
de su adorada mitad
una noche en que acababais

de nombrarle capitan,
y de su ultrajada esposa
la honra quiere vengar.
Cár. Y por eso se revela
contra su patria? Quién mas?
Ric. El reverendo Moncada,
arzobispo y cardenal.
Cár. Tambien por vengar la honra
de su muger, no es verdad?
Ric. Luego don Guzman de Lara,
que solicita el collar
de la orden del Toison.
Cár. Eso pide don Guzman...!
Si solo un collar desea
corriente...! se le dará.
Ric. El duque de Lutzelburgo...
Cár. Veremos de cercenar
de su cuerpo la cabeza,
y todo se arreglará.
Ric. Don Juan de Haro, que pide
la villa de Astorga.
Cár. Bah!
Esa familia fue siempre
del verdugo propiedad.
Ric. Esto es todo.
Cár. Cómo todo?
Recapacita, y verás
que algunos faltan: no has dicho
mas que siete...
Ric. Por no hablar
de algunos cuantos bandidos
pagados aqui y allá
por Francia ó Tréveris.
Cár. Gente
despreocupada, capaz
de cualquiera fechoría,
cuyo villano puñal
sigue al que paga mejor,
como el acero al iman.
Ric. Sin embargo, dos he visto

de continente marcial,
que tienen traza de ser
gente de armas tomar...
uno jóven y otro viejo.
Cár. Sus nombres?
Ric. No sé.
Cár. Su edad?
Ric. El jóven tendrá veinte años...
Cár. Lo siento.
Ric. El otro tendrá
sus sesenta por lo menos.
Cár. Demasiado viejo es ya
el segundo, y muy mancebo
el otro para acabar
en un patíbulo, que es
donde al fin acabarán.
Ganancia para el verdugo...
Dios haya de ellos piedad.
Pero... seré emperador?
Ric. El colegio electoral
en la ciudad congregado
ya deliberando está.
Cár. Pues! y á Francisco Primero
la preferencia darán,
ó á su Federico el Justo...
á un sajon herege. Ah!
esto va malo: bien dice
Lutero, todo va mal,
muy mal...! Dignos electores
de la imperial magestad!
Un sajon herege... un conde
palatino... un incapaz...
un arzobispo de Tréveris,
libertino si los hay.
En cuanto al rey de Bohemia,
ese por mí votará;
potentados alemanes,
tan pequeños cada cual
como sus estados: unos
imbéciles por demas,

otros corrompidos... todos
nulos en guerra y en paz.
Coronas, cuantas se quieran;
cabezas, ahí está el mal.
Tres votos me faltan, tres;
sin ellos no hay que esperar
la victoria... Ah! yo daria
por esos tres nada mas
Bruselas y Salamanca,
y Toledo la imperial...
Oh! tres ciudades daria,
las que quisieran tomar
de Flandes ó de Castilla.
Sí, las daria... con tal
de recobrarlas despues. (*Aparte.*)

Ric. Yo espero que nombrarán
á vuestra alteza.

Cár. (*Aparte.*)
A mi alteza...
alteza, y no magestad...
nací desgraciado; ser
rey, emperador jamas...!!
Ya lo veremos. Sabeis,
don Ricardo, qué señal
el nombre del elegido
anunciará á la ciudad?

Ric. Si es el duque de Sajonia
un cañonazo; si dan
el imperio al francés, dos;
si á vuestra alteza, uno mas.

Cár. Y esa doña Sol! Hoy todo
me irrita. Fatalidad!
en todo soy desgraciado;
hoy todo me sale mal.
Conde, si soy elegido,
al punto véla á buscar...
rey, me desdeña; tal vez
siendo césar me amará!

Ric. (*Sonriendo.*)
Tiene razon vuestra alteza;

y es muy posible...

Cár. (*Interrumpiéndole con altivez.*)

Callad;

aun no he dicho cómo quiero
que en este particular
penseis vos... Del elegido
cuándo el nombre se sabrá?

Ric. A lo mas de aqui á una hora.

Cár. Oh! tres votos, tres no mas,
y todas mis esperanzas
la suerte coronará!
Pero acabemos primero
con los que aqui conspirar
se proponen contra mí,
y en seguida Dios dirá:
esto es lo primero; ahora
aqui solo me dejad.
Esta es la hora en que deben
venir los rebeldes... Ah!
la llave de ese sepulcro.

Ric. (*Entregando una llave al rey.*)
Vuestra alteza pensará
en el conde de Limburgo,
conserge capitular,
que me la ha prestado, y es
de todo punto leal
con vuestra alteza.

Cár. No olvides
todo lo que he dicho, estás?

Ric. Lo haré asi.

Cár. Tres cañonazos
hacen falta, no es verdad?

(*Ricardo saluda, y vase.*)

(*Don Cárlos, solo en el subterráneo, cae en profunda meditacion; cruza los brazos, deja caer la cabeza sobre el pecho, la levanta, y se dirige al sepulcro.*)



ESCENA II.

DON CÁRLOS.

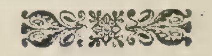
Carlo-Magno, perdon! En estas bóvedas
llenas de tu sublime magestad
solo austeras palabras
debieran resonar.
Tú sin duda te indignas del estrépito
con que zumba en tu augusto panteon
turbando tu reposo
del hombre la ambicion.
Oh! sublime magnífico espectáculo
el que la Europa al mundo presentó
compacta, poderosa,
como él la dejó!
Un inmenso edificio, y en su cumbre
dos hombres elegidos; todo rey
de aquellos dos, sumiso
á la suprema ley.
Y marqueses, barones, duques, príncipes,
reyes, y toda humana autoridad
pasando por herencia
de una á otra edad.
Pero á veces tiene el pueblo
su papa ó su emperador,
y siempre se conserva el equilibrio,
y siempre es ley la voluntad de Dios.
Electores, cardenales
no lo pueden impedir;
nazca una idea que reclame el tiempo;
hágase hombre y triunfará por fin.
Acabar con ella en vano
el poder intentará;
entre un dia en la dieta, en el conclave,
y los reyes atónitos verán
con el globo en una mano
ó la tiara en la sien

salir triunfante la proscripta idea
sobre sus frentes apoyando el pie.
Misterio! el papa y el césar
los dueños del mundo son;
todo es de ellos; existen porque existen,
y tienen en sí mismos su razon.
El césar corta, si desata el papa;
cada uno de Dios es la mitad;
el césar es la fuerza,
y el papa la verdad.
Oh! ser emperador! ser el primero,
de los reyes el rey despues de Dios!
pero tambien ¡oh rabia!
no ser emperador...!!
Consumirse en estériles deseos
de ceñir la diadema imperial
de tan alta grandeza,
sintiéndose capaz.
Cuán grande, cuán feliz fue el que reposa
en este panteon! Inmenso fue
su imperio, y sin embargo
esta su tumba es!
Aqui yace á cenizas reducido:
su imperio fue magnífico... sin fin...
él, grande como el mundo...
y todo cabe aqui...!!
En esto paran los sueños
de la insaciable ambicion...!
Vanidad! vanidad...! aqui se encierran
las cenizas que da un emperador...!!
Este es el fin...! mas qué importa?
yo emperador quiero ser:
el imperio...!!! Una voz misteriosa
me dice: *le tendrás...*! sí, le tendré...!!
Oh! si llegara á tenerle...!!
hasta la cumbre subir
de la grandeza humana, y sobre reyes
el polvo de mis plantas sacudir.
Y ver las casas feudales
de los monarcas al pie

marqueses, ricos-hombres, duques; luego
obispos y barones de alto prez.
Y luego soldados, clero,
y luego, lejos, allá...
en la sombra, en el fondo del abismo
los hombres, un occéano!! un volcan...!!
un gran rumor, quejidos y algazara,
una sonrisa lúgubre, tal vez...
el pueblo...!! Mar inmenso
en eterno vaiven...!!
Mar poderoso, cuyas turbias olas
como pueden un trono destruir,
pueden mecer canoras
una cuna infantil.
El pueblo! el pueblo...!! Magestad terrible,
mágico espejo donde rara vez
se ve favorecido
el semblante de un rey...!!
Oh! si la vista penetrar pudiera
al fondo de aquel piélago sin fin,
cuántos imperios viera
sumergidos allí...!!
Cuántos imperios, náufragos navíos,
veria entre sus olas zozobrar,
que un dia le irritaron,
que no conoce ya.
Oh! gobernar todo un pueblo...!
ser tan grande como él...!
Si soy nombrado emperador, Dios mio,
digno de tanta magestad seré?
Quién para tanta grandeza
dará á mi alma virtud?
Quién me aconsejará? quién me hará grande
como mi imperio...?
(*Cae de rodillas delante del sepulcro.*)
Carlo-Magno, tú!
Oh tú, que fuiste en la tierra
lugarteniente de Dios,
un poco de tu gloria y de tu genio
desde esa tumba da á mi corazon!

Hazme por todos sus lados
todas las cosas mirar:
ilumina mi mente, oh Carlo-Magno,
y enséñame el secreto de reinar.
Dime que la gloria es nada;
dígnate á Cárlos decir
si es mejor castigar, que ser clemente,
si algo se puede hacer despues de tí.
Habla, aunque deba tu terrible aliento
de tu profundo sueño al despertar,
esa puerta de bronce
en mi frente estrellar...!!
Ó si no hablas, déjame á lo menos
meditar en tu augusto panteon,
oh gigante del mundo,
sublime emperador...!!!
Nada es tan grande como tú en la tierra:
déjame en tus cenizas meditar...
ellas sino tu sombra
consejo me darán...!!
(*Acerca la llave á la cerradura.*)—(*Retrocede.*)
Entremos! Pero qué...!!! Si fuera á hablarme...!!
si se despierta...!! si estuviera en pie,
andando lentamente,
cielos! qué voy á hacer?
Entremos. (*Ruido de pasos.*)
Gente suena...! Quién se atreve
á entrar en este sitio sino yo? (*El ruido se acerca.*)
Ah! ya se me olvidaba,
mis asesinos son...!!

(*Abre la puerta del sepulcro, entra en él, y la cierra en seguida. Entran por varios lados muchos hombres á paso cauteloso, y ocultos bajo sus capas y sus sombreros.*)



ESCENA III.

LOS CONJURADOS.

(*Lléganse unos á otros, dándose la mano, y diciéndose al paso algunas palabras en voz baja.*)

2.º *Con.* Quién vive?
1.er *Con.* (*Lleva una hacha encendida en la mano.*)
Ad augusta.
2.º *Con.* *Per*
angusta.
1.er *Con.* Nos guarda el cielo.
2.º *Con.* Y los santos nos protegen.
3.er *Con.* Y nos ayudan los muertos.
(*Ruido de pasos en la sombra.*)
2.º *Con.* Quién vive?
Una voz en la sombra. Ad augusta.
2.º *Con.* *Per*
angusta. (*Nuevos conjurados.*) — (*Ruido de pasos.*)
1.er *Con. al* 3.º Eh! uno veo
allí.
3.er *Con.* Quién vive?
Una voz en la sombra. Ad augusta.
3.er *Con. Per angusta.*
(*Entran nuevos conjurados, hacen signos misteriosos á los otros, y estos les responden del mismo modo.*)
1.er *Con.* Estamos? Bueno.
Nadie falta. Tome Gotha
la palabra. Compañeros,
la sombra espera á la luz.
(*Los conjurados se sientan en semicírculo sobre las tumbas. El primer conjurado pasa de mano en mano su hacha encendida, en la cual enciende cada cual la suya. Luego, sin hablar palabra, va el primer conjurado á sentarse en una sepultura en el centro del círculo, y algo mas elevado que los demas. Entre los conjurados estan Hernani, don Ruy Gomez, don Juan de Haro, don Bustos Tellez Giron, el duque de Lutzelburgo y el duque de Gotha.*)

Got. (*Poniéndose en pie.*)
Cárlos de España, estrangero
por su madre, al trono aspira
del sacro romano imperio.
1.er *Con.* Se le dará su sepulcro.
2.o *Con.* Se le dará... lo prometo.
Got. (*Tirando al suelo su antorcha, y pisoteándola.*)
Como esta antocha se vea
la frente de ese soberbio...!!
Todos. Muera...!
Lut. Su madre española
es...!
Juan. Y su padre tudesco.
Got. Ni es aleman, ni español.
Muera!
Un Con. Y si en este momento
le nombran emperador...?
1.er *Con.* A él! nombrarle! ni por pienso...!
Bus. Amigos, en el sepulcro
caiga la cabeza presto,
y con ella, la corona
caerá...!
1.er *Con.* Si logra el imperio,
es augusto, y solo Dios
de herirle tiene derecho.
Got. Pues antes que augusto sea,
convendrá que le matemos.
1.er *Con.* No será elegido!
Todos. No!
Bus. Le mataremos primero.
1.er *Con.* Cuántos brazos hacen falta
para quitarle de en medio?
Todos. Uno.
1.er *Con.* Cuántas cuchilladas
se le han de dar en el pecho?
Todos. Una!
1.er *Con.* Quién le ha de matar?
Todos. Todos matarle queremos!!
1.er *Con.* La víctima es un traidor;
pues bien...! mientras nombran ellos

al que ha de morir, nosotros
al que ha de matar nombremos.
La suerte decidirá...!

(*Los conjurados escriben cada cual su nombre en un pergamino, los doblan, y van uno despues de otro á echarlos en la urna de un sepulcro; luego el primer conjurado dice:*)

De rodillas...!

(*Todos se arrodillan; el primer conjurado se pone en pie.*)

Compañeros!
escuchad. Que el elegido
crea en el Dios de los cielos,
que hiera como un romano,
que muera como un hebreo,
que arrostre tenazas, potros,
suplicios de agua y fuego,
que cante en los caballetes,
que ria entre los tormentos,
que por cumplir su deber
sobrelleve con desprecio
las agonías del alma
y los dolores del cuerpo!

(*Saca de la urna uno de los pergaminos.*)

Todos. Qué nombre?

1.er *Con.* (*En alta voz.*)
Hernani.

Her. (*Saliendo de la tumba de los conjurados.*)
He ganado...!
Ya he ganado...! Ya te tengo
en mis manos, oh venganza!
ansiada por tanto tiempo...!!

Ruy. (*Ap. á Hernani.*)
Oh! cédeme tu venganza...!

Her. No, no; por Dios que no quiero...!
No me envidieis mi fortuna,
don Ruy Gomez... Sabe el cielo
que esta es la primera vez
que afortunado me veo...!!

Ruy. Tú eres pobre. Escúchame:

yo te doy cuanto poseo;
mis fortalezas feudales,
mis títulos, mis derechos,
cien mil vasallos te doy
en mis cuatrocientos pueblos
por ese golpe, y á mas
mi agradecimiento eterno.

Her. No...!

Got. Tu brazo no sería
tan firme, anciano!

Ruy. Silencio!
Por el orin de la vaina
no despreciéis el acero. (*A Hernani.*)
Me perteneces.

Her. Su vida
es mia, si yo soy vuestro.

Ruy. (*Sacando la bocina de la cintura.*)
No...! pues bien; escucha, toma
tu bocina; te la vuelvo.

Her. La vida? De qué me sirve?
solo vengarme deseo.
Ah! en esta venganza estoy
con el mismo Dios de acuerdo.
Tengo que vengar mi padre
en un patíbulo muerto:
acaso mas...! me la entregas
á ella?

Ruy. Si te la entrego?
Jamas! quieres tu bocina?

Her. No!

Ruy. Piénsalo bien, mancebo!

Her. No, no; déjame mi presa.

Ruy. Pues bien; maldígate el cielo,
porque quieres arrancarme
lo único que apetezco. (*Mete la bocina en el cinto.*)

1.er *Con.* (*A Hernani.*)
Hermano, bueno sería
antes que pueda el colegio
elegirle, que esta noche
terminásemos.

Her. No hay miedo.
Esta noche quedará
despachado sin remedio.
Sé muy bien abrir á un hombre
las puertas del cementerio.

1.er *Con.* (*Poniendo á Hernani las manos en la cabeza.*)
Que toda traicion recaiga
sobre el traidor! y los cielos
os den su ayuda! Nosotros,
barones y caballeros,
si perece sin matarle,
seguir sus huellas juremos,
y uno tras otro, constantes
en nuestro firme proyecto,
buscar á Cárlos, que debe
morir!

Her. Juremos!

Todos. (*Desenvainando las espadas.*)
Juremos...!!

Got. (*Al primer conjurado.*)
Sobre qué?

Ruy. (*Coge su espada por la punta, y la levanta encima de su cabeza.*)
Sobre esta cruz!

Todos. (*Levantando sus espadas.*)
Muera impenitente el reo!

(*Oyese un cañonazo á lo lejos; todos se detienen en silencio; entreábrese la puerta del sepulcro, y aparece don Cárlos sobre el dintel; pálido, escucha. Oyese otro cañonazo, y luego otro; abre enteramente el sepulcro, pero sin dar un paso, en pie é inmóvil sobre el dintel.*)

ESCENA IV.

DON CÁRLOS. HERNANI. DON RUY GOMEZ DE SILVA.
LOS CONJURADOS.

Cár. (*Con voz de trueno.*)
Idos de aqui! Ya os espera
el emperador...!!

(*Todas las antorchas se apagan á la vez; profundo silencio. Da don Cárlos un paso entre las tinieblas, tan profundas, que apenas se distingue en ellas á los conjurados, mudos é inmóviles.*)

Silencio!
oscuridad! Esto acaso
ha de pasar como un sueño?
No! Cárlos Quinto os espera!
Venid, heridle en el pecho.
Venid, señores! Ah! no
tendreis valor para hacerlo!
Vuestras hachas llameaban
sangrientas bajo estos techos,
y al instante todas juntas
las ha apagado mi aliento.
Mas qué! si muchas apago,
tambien muchas mas enciendo!

(*Da un golpe con la llave sobre la puerta de bronce del sepulcro. Al retumbar aquel sonido, todas las profundidades del subterráneo se llenan de soldados que traen antorchas encendidas y picas y partesanas; al frente de ellos el duque de Alcalá, el conde de Casa-Palma &c. &c., y luego don Ricardo.*)

Venid, venid, mis lebreles!
aqui en su nido los tengo!
yo ilumino como el sol...
(*A los conjurados.*)
Ved qué magnífico incendio....!!
El sepulcro centellea:
á mí, soldados. (*A su tropa.*)

Her. (*Mirando á los soldados.*)
Me alegro!
Solo, demasiado grande
me parecia el soberbio.
Pensé que era Cárlo-Magno...
solo á Cárlos Quinto veo!
Cár. Almirante, condestable,
desarmadlos al momento!
(*Rodean á los conjurados y los desarman.*)
Ric. (*Llegando y saludando hasta el suelo.*)
Magestad...!
Cár. De mis palacios
alcaide y grande del reino
te nombro por ese título
que tú me das el primero.
Ric. (*Saludando.*)
Dos electores, en nombre
de todo el sacro colegio,
su respetuoso homenage
vienen, señor, á ofreceros.
Cár. Que pasen. Y doña Sol? (*Aparte á don Ricardo.*)
Ya no te acuerdas?
Ric. Me acuerdo.

(*Don Ricardo saluda y vase. Entran con hachas y músicas el rey de Bohemia y el duque de Baviera, vestidos de paño de oro, con la corona en la cabeza. Numeroso acompañamiento de señores alemanes que traen el estandarte del imperio; en él, bordada el águila de dos cabezas con las armas de España en medio. Los soldados hacen paso, se forman en fila, y llegan los dos electores hasta el emperador, á quien saludan profundamente, y el cual les vuelve su saludo levantando su sombrero.*)

ESCENA V.

DON CÁRLOS. EL DUQUE DE BAVIERA. EL REY DE BOHEMIA. HERNANI. DON RUY GOMEZ DE SILVA. LOS CONJURADOS.

Duq. Señor, oh rey de romanos!

sacrosanta magestad!
del mundo la potestad
ya descansa en vuestras manos:
vuestro es, señor, ese imperio
á que aspira todo rey,
y que humilla á vuestra ley
á uno y otro hemisferio.
A Federico eligió
el cuerpo deliberante,
pero él renunció al instante,
porque mas digno os creyó.
Venid al trono á subir
del imperio sacrosanto,
y el globo, corona y manto
venid, rey, á recibir.
Grande sois despues de Dios;
el primer señor del mundo
es él; vos sois el segundo.
Gloria, gran príncipe, á vos!

Cár. A vos, de Bohemia hermano,
á vos, primo de Baviera,
por nueva tan lisonjera
os doy las gracias ufano.
Me es grato ese parabien
tanto como la corona.
Id; al colegio en persona
iré á dar gracias tambien.

(*Los dos electores besan la mano al emperador, y salen.*)

Su comitiva. Viva.

Cár. (*Aparte.*)
Logré mi intencion!
Todo venturas me anuncia.
Emperador...!! por renuncia
de Federico el Sajon.



ESCENA VI.

LOS MISMOS. DON RICARDO. DOÑA SOL.

Sol. (*Conducida por don Ricardo.*)
Dónde estoy? Don Cárlos! Cielos...
qué miro? Hernani tambien!!
Oh...!
Her. (*Aparte.*)
Doña Sol!!
Ruy. (*Que está junto á Hernani.*)
No me ha visto!

(*Doña Sol se acerca á Hernani, y él la hace retroceder echándola una mirada de desconfianza.*)

Her. Señora...
Sol. (*Sacando el puñal del seno.*)
Mira, le ves?
Her. (*Tendiendo los brazos hácia ella.*)
Hermosa...
Cár. (*A los conjurados.*)
Silencio! Al mundo
hoy una leccion daré.
Lara el Castellano, Gotha
el Sajon, qué ibais á hacer?
Aqui estoy. Hablad ahora.
Sepamos qué me quereis?
Her. (*Da un paso hácia adelante.*)
Señor, de lo que se trata
escuchad, breve seré:
de Baltasar la sentencia
grabamos en la pared.
(*Saca un puñal, y le blande sobre su cabeza.*)
Lo que á césar es debido
damos á césar!
Cár. (*Con desprecio.*)
Calle él.
(*A don Ruy Gomez.*)
Vos traidor, Silva...!!
Ruy. Señor,

cuál de nosotros lo es?

Her. (*Volviéndose hácia los conjurados.*)
Nuestras vidas y el imperio,
qué mas puede apetecer?
(*Al emperador.*)
Bien hicísteis en trocar
vuestro azul manto de rey
por el manto de escarlata;
la sangre en él no se ve!

Cár. (*A don Ruy Gomez.*)
Duque, tan negra traicion,
tan villano proceder,
imposibles me parecen
en un noble aragonés.
Vive Dios que merecieras
del blason borrados ver
tus títulos de nobleza
por tamaña avilantez.

Ruy. Si fue traidor don Julian,
mas don Rodrigo lo fue.

Cár. (*Al duque de Alcalá.*)
Barones, condes ó duques,
tan solamente prended;
á los demas...

(*Los grandes señores salen del grupo de los conjurados, en que se ha quedado Hernani. El duque de Alcalá los rodea de guardias.*)

Sol. (*Aparte.*)
Se ha salvado!!

Her. (*Saliendo del grupo de los conjurados.*)
No se me cuenta... y por qué?
(*A don Cárlos.*)
Don Cárlos, puesto que Hernani
impune bajo tus pies
pasaria, sin que apenas
fijases la vista en él;
supuesto que de tu espada
no está mi cuello al nivel,
pues es preciso ser grande
para morir... me alzaré!!

Oye! Dios Omnipotente,
de todos los reyes rey,
me hizo duque de Segorbe,
de Cardona y de Montiel,
conde de Estella, vizconde
de Gor, de Monroig marqués,
señor de tantos lugares
que apenas sus nombres sé,
y gran maestre de Avis
en el reino portugués.
Yo soy don Juan de Aragon,
proscripto desde el nacer;
á mi padre, en un cadalso
asesinado miré
de tu padre, oh rey don Cárlos,
por injusticia cruel;
y aquella injusticia infame
de niño vengar juré.
A muerte estoy condenado
ya por los tuyos... Pues bien!
allá veremos. Vosotros
mil patíbulos teneis
contra mí... yo, este puñal...
veremos quién mata á quién!
Los cielos me hicieron duque,
y el destierro montañés...
Mas pues en vano mi espada,
ardiendo en contínua sed
de verter tu odiosa sangre,
en las rocas afilé... (*Se pone el sombrero.*)
grande de España, me cubro!

(*Todos los conjurados, grandes de España, se cubren al mismo tiempo.*)

y no te enojes, porque
ante tí nuestras cabezas
cubiertas deben caer.

(*A los prisioneros.*)

Lara, Silva, Castellanos,
ricos-hombres de honra y prez,
á mí, don Juan de Aragon,

mi sitio entre ellos me den.
(*A los cortesanos y á los soldados.*)
Verdugos, si mi cadalso
aun preparado no habeis,
preparadlo, pero sea
digno del nieto de un rey!!
(*Se reune al grupo de los señores.*)

Sol. Cielos...!

Cár. Me acuerdo que oí
esa historia en mi niñez,
pero la habia olvidado
como de poco interes.

Her. La afrenta que el ofensor
olvida insensato, es hiel
que el alma del ofendido
siempre corroe!

Car. (*Con ironía.*)
Par diez!
con que soy hijo de padres
que derriban á cercen
las cabezas de los vuestros?
Amigo, cómo ha de ser!!

Sol. (*De rodillas delante del emperador.*)
Señor, por piedad, perdon...
perdon, señor, para él!!
Sed clemente, ó á lo menos
matadnos juntos, porque es
mi amante, mi esposo... oh! sí!
yo os pido que nos mateis
á los dos... yo os lo suplico
prosternada á vuestros pies!!
Le adoro, señor... es mio:
mi llanto compadeced...
Es mio, como el imperio
es vuestro... Qué resolveis?
(*El emperador la mira inmoble.*)
en qué pensais? oh! piedad!
bien la hemos menester!!

Cár. (*Con profunda tristeza.*)
Alzad del suelo, duquesa

de Segorbe y de Montiel,
condesa de Estella...
(*Volviéndose á Hernani.*)
Primo,
tus otros títulos...?

Her. Quién
habla asi?

Cár. El emperador,
que se ha olvidado del rey.

Sol. Dios mio!

Cár. (*Enseñándosela á Hernani.*)
Ahí tienes tu esposa,
dale tu mano, marqués.

Her. (*Alzando los ojos al cielo.*)
Cielo...!!

Cár. (*A don Ruy Gomez.*)
Duque, tu nobleza
es quisquillosa, lo sé;
mas si tu apellido es noble,
tambien Aragon lo és.

Ruy. (*Sombrio.*)
Qué me importa su nobleza?

Her. (*Mirando con delirio á doña Sol, á quien tiene entre sus brazos.*)
Basta ya de aborrecer!
(*Tira el puñal.*)

Sol. Duque mio!!

Her. Solo amor
tengo en el alma, mi bien!
Doña Sol!!

Cár. (*Aparte, la mano sobre el pecho.*)
Impetuoso
corazon, apágate.
Deja reinar en mi mente
á la fria sensatez...
Sobrado tiempo reinaste
árbitro tú de mi ser.
Como el águila, su emblema,
el césar supremo es...
(*Fijos los ojos en la bandera imperial.*)

en lugar del corazon
un escudo ha de tener.

Her. Magnánimo sois, don Cárlos!

Cár. Oh valiente aragonés!
digno eres de tu nombre...
(*Señalando á doña Sol.*)
digno eres de ella tambien:
de rodillas, duque!
(*Hernani se arrodilla. Don Cárlos se quita el toison de oro, y se lo ciñe al cuello.*)
Toma
este collar, y sé fiel...
(*Saca la espada, y le da tres espaldarazos.*)
De mi toison de Borgoña
caballero vas á ser.
(*Le levanta y le abraza.*)
Mas qué te importa? Ya tienes,
afortunado doncel,
amante correspondido,
la mas deliciosa red,
el mas precioso collar...
los brazos de una muger.
Tú serás feliz, y yo...
solo emperador seré.
(*A los conjurados.*)
Señores, de vuestros nombres
ya no me acuerdo, idos pues.
Esta es la leccion que al mundo
debo dar y la daré.

Los conjurados. (*De rodillas.*)
Viva!

Ruy. (*A don Cárlos.*)
Ah! yo solo quedo
condenado!

Cár. Y yo tambien.

Ruy. (*Aparte.*)
El ha sido generoso,
pero yo no perdoné.

Her. Qué es esto que por mí pasa?

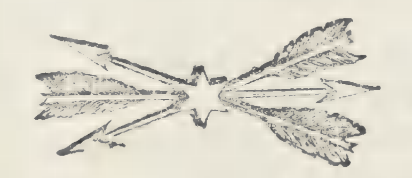
1.er *Con.* A Cárlos, césar y rey,

gloria !!
Cár. Gloria á Cárlo-Magno !!
dejadme solo con él.
(*Todos se retiran al fondo del teatro.*)

ESCENA VII.

DON CÁRLOS, *inclinando la cabeza delante del sepulcro.*

Dime, contento estás? He despojado
las miserias de rey en solo un dia?
Solo, perdido ya, desesperado
delante de un imperio me veía.
De una muerte segura amenazado,
Castilla en obstinada rebeldía,
Roma, Venecia, Soliman, Lutero...
contra mí conjurado el mundo entero!
Vine en fin al sagrado monumento
que tus cenizas al mortal esconde
¡oh Carlo-Magno! en tan fatal momento
aterrado diciéndote: "Responde!
Contra el peligro sin poder me siento;
qué he de hacer? aconséjame. Por dónde
empieza, dime, de reinar la ciencia?"
Y respondiste tú: "Por la clemencia!!"



ACTO QUINTO.

En Zaragoza, una azotea del palacio de Aragon. — En el fondo, la rampa de una escalera que se pierde en el jardin. — A derecha é izquierda dos puertas que dan sobre esta azotea, cerrada en el fondo del teatro por una baranda, sobre la cual se alzan dos órdenes de arcos árabes, por cima de, y por entre los cuales, se ven los jardines del palacio, las fuentes en la sombra, los bosques con luces que circulan por ellos, y en el fondo las cimas góticas y árabes del palacio iluminado. — Es de noche. — Oyense músicas lejanas. — Algunas máscaras con dominó, solas, ó formando grupos, atraviesan la azotea. — Un grupo de jóvenes caballeros, con sus caretas en la mano, rie y habla con algazara.

ESCENA PRIMERA.

DON SANCHO. DON MATÍAS. DON RICARDO. DON FRANCISCO. DON GARCÍA.

Gar. Pues señor, ande la broma,
y viva nuestra casada...!
Mat. (*Asomándose al balcon.*)
Viva! Esta noche se asoma
Zaragoza á la ventana.
Gar. Y hace bien; jamas se vieron
boda mejor celebrada,
mas bizarro caballero,

ni doncella mas gallarda.
Mat. Digno emperador!
San. Marqués,
cierta noche, y no lejana,
en que íbamos los dos
con su magestad á caza
de aventuras, quién dijera
que aquello en esto acabara?
Ric. (*Interrumpiéndole.*)
Bien me acuerdo; la aventura
en maravillosa raya:
tres galanes, un bandido,
que el patíbulo reclama;
luego un duque, luego un rey,
á la misma hermosa aman:
al mismo tiempo los tres
dan el asalto á la plaza.
Se rinde, y... quién se la lleva?
el bandido...!
Fran. Cosa es clara.
El amor y la fortuna
do quiera como en España,
son juego de dados falsos...
el ladron es el que gana.
Ric. Yo con estos amoríos
he hecho fortuna, y no escasa;
conde y grande de Castilla,
luego alcaide del alcázar;
pues señor... no va esto mal,
buen principio de semana.
San. El secreto del señor
es estar siempre de guardia
junto al que da .. ya se ve,
la ocasion la pintan calva.
Ric. He sabido aprovechar
mis méritos, mis...
Gar. Y hasta
las distracciones del rey.
Mat. Y el duque por dónde anda?
estará haciendo enlutar

su ataúd.
San. A un lado chanzas,
marqués; el anciano duque
tiene un alma bien templada.
Él amaba á doña Sol,
y si todavía la ama...
qué sé yo...!! Con sesenta años
su cabeza aun no era blanca,
y un solo dia ha bastado
para cubrirla de canas.
Gar. Y no se le ha vuelto á ver
en Zaragoza?
Mat. Me agrada!
Pues queríais que metiese
su féretro en nuestra danza?
Fran. Y el emperador?
San. Está
triste; hoy todo le cansa.
Ese diablo de Lutero
le da en que entender.
Ric. Sí! vaya
un motivo de inquietud!
En quítame allá esas pajas,
pronto daria yo buena
cuenta de él con cuatro lanzas.
Mat. Tambien Soliman le inquieta;
y luego ese rey de Francia...
Gar. Soliman, Lutero, el diablo,
qué me importa esa canalla?
Las mugeres son divinas,
las máscaras me entusiasman;
he dicho mil desatinos,
y salga por donde salga.
San. Eso es lo esencial!
Ric. Bien dicho.
Don García, es cosa rara!
En dias asi de broma
tengo la cabeza en babia...
Soy otro hombre... una careta
toda mi cabeza cambia.

San. (*Al oido de don Matías.*)
Entonces nunca debiera
quitársela de la cara.
Fran. (*Indicando la puerta de la derecha.*)
Decid, señores, no es esta
de los esposos la estancia?
Gar. Sí; y muy pronto los veremos.
Fran. Lo creeis?
Gar. Sí.
Fran. Vaya en gracia!
La desposada es tan bella...!!
Ric. Por Dios, que es cosa que pasma!
Dar á un rebelde el toison...!
y le perdona, y le casa
el emperador! Jesus...!
ah! si por mí se guiara
hubiera dado, y bien pronto,
sin andarse por las ramas,
lecho de piedra al galan,
lecho de pluma á la dama.
San. (*Al oido de don Matías.*)
Por Dios, que con alma y vida
le clavaria esta daga
á ese vil advenedizo,
cuya condicion villana
mal rebozada entre oro
se trasluce en sus palabras.
Ric. (*Acercándose.*)
Qué decia?
Mat. (*Ap. á don Sancho.*)
Conde, aqui
quedas esten las espadas.
Me está diciendo un soneto (*A don Ricardo.*)
amoroso de Petrarca.
Gar. Decidme, habeis observado
entre las flores, las galas,
los trages de mil colores,
aquella especie de estátua,
aquel espectro sombrío,
que en pie junto á una baranda,

con su negro dominó
manchaba la mascarada?

Ric. Sí, par diez...!

Gar. Quién es?

Ric. Quién es?
su formalidad... su facha...
pues no hay mas... es don Pancracio,
general de las armadas.

Fran. No.

Gar. Ni una vez se ha quitado
la careta.

Fran. Eso lo aclara
todo... es el duque de Soma,
que con esa estravagancia
quiere llamar la atencion,
y no hay duda que la llama.

Ric. No. El duque ha hablado conmigo.

Gar. Pues quién es entonces...? Calla...!
aqui viene...!!

(*Entra un dominó negro, que atraviesa lentamente el fondo del teatro. Todos se vuelven, y le siguen con los ojos, sin que él parezca advertirlo.*)

Si los muertos
dejan el sepulcro y andan,
andan asi.

Gar. (*Acercándose al dominó.*)
Te conozco,
te conozco. (*El dominó se vuelve, y él retrocede.*)
Por mi alma,
señores, que vi brillar
en sus ojos una llama.

Mat. Si es el diablo, con la horma
de su zapato se halla!
Máscara...

(*El dominó se vuelve, y le mira de hito en hito; don Matias retrocede confuso.*)

Os juro que tiene
dos ojos como dos ascuas.

(*Prosigue el máscara su camino, y desaparece por la escalera; todos le siguen con los ojos, atónitos.*)

Fran. La aparicion es sombría,
tanto como estraordinaria.
Gar. Bah! en un baile hace reir
lo que en otra parte espanta.
San. Alguno que quiere hacerse
el gracioso, bien sin gracia...!
Gar. O si es el diablo que viene,
mientras al infierno baja,
á vernos bailar... corriente!
bailemos, y santas pascuas.
San. Por fuerza es alguna broma...
todo se sabrá mañana.
San. (*A don Matias.*)
Qué ha sido de él? No le veo.
Mat. Le vi bajar esa rampa,
y luego desapareció.
San. (*Pensativo.*)
Vaya, que ha sido humorada!
Es singular!
Gar. (*A una señora que pasa.*)
Marquesita,
bailamos esta?
Sra. Cachaza...!
Ya sabeis que mi marido,
si son con vos, las señala
en su libro verde.
Gar. Tanto
mejor! señal que le agrada;
mientras él cuenta, bailemos.
(*La señora le da la mano, y salen.*)
San. (*Pensativo.*)
Vive Dios que es cosa rara!
Mat. Los novios llegan... Silencio!
(*Entran Hernani y doña Sol dados de la mano, seguidos de una muchedumbre de máscaras, de damas y caballeros. Dos alabarderos, ricamente vestidos, los preceden, y los siguen cuatro pages. Todos los hacen paso, y los saludan profundamente. Música.*)

ESCENA II.

HERNANI. DOÑA SOL. DON SANCHO. DON MATÍAS. DON RICARDO. DON FRANCISCO.

Her. (*Saludando.*)
Amigos mios!
Ric. (*Acercándose, y saludando.*)
Bien haya
tu ventura, que es la nuestra,
duque amigo...!!
Fran. (*Contemplando á doña Sol.*)
No me engaña
la vista! la que conduce
es Venus en cuerpo y alma!
San. (*A Hernani.*)
Sed feliz, don Juan... Señores,
las doce son, y muy dadas.

(*Durante todo el principio de la escena que sigue, las músicas y las luces lejanas se van apagando lentamente. Luego, noche y silencio.*)

ESCENA III.

HERNANI. DOÑA SOL.

Sol. Ya se fueron! sobre que
será muy tarde, sin duda.
Her. Angel mio! siempre es tarde
para estar solos.
Sol. La bulla,
el tumulto me cansaban.
Esa algazara importuna
de dos felices amantes
la calma serena turba.
Her. Dices bien; es cosa grave,
angel mio, la ventura.

La ventura verdadera
pechos enérgicos busca
donde grabar lentamente
sus sensaciones profundas.
Con sus flores, con su estruendo,
los placeres le importunan;
mas se acerca su sonrisa
que á la alegría, á la angustia.

Sol. Esa sonrisa en tus ojos
es la aurora que me alumbra.
(*Procura él llevársela.*)
Luego...!

Her. Oh! quédate si quieres;
mi voluntad es la tuya:
haz lo que quieras; tu amante
ni se queja, ni murmura.
En todo haces bien, en todo...
siempre hermosa, siempre justa.
Lo que tú quieras haré;
tú todo mi ser subyugas...
mi alma hierve... mas qué importa?
dile al volcan que consuma
los incendios de su cráter;
di al mar que calme su furia,
y el volcan ostentará
solo flores y verdura,
y la mar embravecida
quedará serena y muda.

Sol. Hernani mio...!!

Her. Señora,
por Dios, qué nombre pronuncias?
Oh! ese nombre como yo
en el olvido sepulta!
De Hernani solo me queda
una memoria confusa:
sé que existió en otro tiempo
en la triste Cataluña,
y en los montes de Aragon,
una infeliz criatura
abandonada en el mundo,

proscripta desde la cuna;
luego un rebelde, un bandido,
sombrío como la tumba,
cuyos ojos centellaban
como una daga desnuda;
un miserable que ansiando
vengar antiguas injurias,
arrastraba por los montes
una vida de amarguras.
Pero ya no le conozco,
ya no sé dónde se oculta
ese Hernani. A mí, la caza
y los festines me gustan,
soy noble, soy caballero
español de ilustre alcurnia...
Yo soy don Juan de Aragon,
y es mia vuestra hermosura...!
Yo soy feliz!

Sol. Yo tambien!

Her. Qué me importan las angustias
que pasé, ni los rigores
de la inconstante fortuna?
Llego á mi antiguo palacio
que la soledad enluta,
y un angel en sus umbrales
sonriendo me saluda.
Entro, y abro las ventanas,
alzo las rotas columnas,
y en este alcázar que fue
un tiempo morada augusta
de tantos monarcas, hago
que todo brillante luzca,
ricas estancias, jardines,
artesones y armaduras.
Por señor me reconoce
de mis vasallos la turba,
y todo yo soy placer,
alegría, amor, venturas.
Vuélvanme ahora mis torres,
mis fortalezas morunas,

mi voto en cortes, mi espada
y mi almete con sus plumas,
que me den mi doña Sol
ruborizada y confusa,
con sus ojos de azabache
y sus megillas purpúreas,
que nos dejen á los dos
solos con nuestra ternura,
y lo pasado, pasado,
y á Dios, memorias adustas...!
De nuevo empiezo á vivir
una vida de dulzuras.

Sol. (*Examinando el toison.*)
Qué bien sobre el terciopelo
el toison de oro relumbra...!

Her. Antes que á mí viste al rey
con este collar algunas
veces.

Sol. No sé. Qué me importa
si el rey esa insignia usa?
Ademas, sábelo Dios,
no es lo que en tí me deslumbra
el toison, ni el terciopelo...
tu cuello es el que me gusta.
(*Él procura llevársela.*)
Luego! un momento! qué quieres?
mis ojos el llanto anubla,
duque mio...! pero lloro
de alegría y de ternura. (*Va á la baranda.*)
Ven conmigo á disfrutar
la dulce calma nocturna
solo un momento; los dos
respiremos su frescura.
Ya las luces se apagaron,
ya ningun rumor se escucha...
solos estamos... la noche
con sus sombras nos circunda.
Cumplida felicidad...!!
mientras en calma profunda
descansa, sobre nosotros

vela amorosa natura.
Ni una nube empaña el cielo,
ni el menor aura susurra;
todo es calma en cielo y tierra,
como en mi alma y la tuya.
Ven conmigo á respirar
el aura fragante y pura
que embalsaman con su aroma
jazmines, rosas y murtas.
Hace un momento salía
del horizonte la luna
mientras me hablabas; su luz,
tus palabras de dulzura,
que son mi hechizo, llegaban
á mi amante pecho juntas,
y entonces yo me sentia
mas venturosa que nunca,
y hubiera bajado entonces
contigo alegre á la tumba!

Her. Vida mia! cuando hablas,
mi pecho en placer inundas;
tu voz es como los cánticos
que los ángeles modulan...!!

Sol. Pero este silencio es triste,
esta calma moribunda.
Oh! si brillara á lo lejos
una estrella entre la bruma!
Ó si una voz misteriosa
cantase allá en la espesura...!!

Her. (*Sonriendo.*)
Caprichosa! Poco hace
huíamos de la bulla
y de las luces.

Sol. El baile
es natural que me aburra;
pero un ruiseñor cantando,
oculto en la verde gruta,
ó algun laud á lo lejos...
porque la música inunda
el pecho de sensaciones

tan dulces como confusas,
y hace que el alma en sus alas
al cielo estática suba.
Oh! cuánto me alegraria...!!
(*Oyese á lo lejos el eco de una bocina.*)
Pero qué! don Juan, escucha.

Her. (*Estremeciéndose, ap.*)
Ah! desventurada...!!!

Sol. Un angel,
el de tu guarda, sin duda,
mi deseo ha comprendido,
y á colmarle se apresura.

Her. (*Con amargura.*)
Sí...! tienes razon... un angel...

Sol. (*Sonriendo.*)
Esa bocina es la tuya,
don Juan; la conozco.

Her. Sí?

Sol. La serenata me gusta:
es sorpresa singular;
tienes parte en ella?

Her. Mucha.

Sol. Cuánto es mas dulce ese canto,
que la algazara importuna
del baile! cuántos recuerdos
en mi memoria acumula!
(*Vuélvese á oir la bocina.*)

Her. (*Aparte.*)
Ah! ya se acerca rugiendo...!
ya el tigre su presa busca!

Sol. Esa armonía, don Juan,
las penas del alma endulza.

Her. (*En voz terrible.*)
Hernani soy! aun de Hernani
el nombre fatal me dura.
Llámame Hernani...!!

Sol. (*Trémula.*)
Qué tienes?

Her. El anciano!

Sol. Tú me asustas:

qué es eso, di, qué me indican
esas miradas sañudas?

Her. En las tinieblas se rie
el anciano, no le escuchas?
no le ves? di...?

Sol. Tú deliras...
por qué alejarte procuras?
qué anciano es ese?

Her. El anciano...!

Sol. Por Dios, disipa las dudas,
de rodillas te lo pido,
en que mi alma fluctúa.
Qué secreto te atormenta?
qué tienes, di, qué te angustia?

Her. Lo he jurado...!!

Sol. Qué has jurado?

(*Doña Sol sigue todos sus movimientos con ansiedad: él se para de pronto, y se pasa la mano por la frente.*)

Her. (*Aparte.*)
Qué iba á decir? Qué locura...!!
¡Infeliz...! no tengo nada... (*A ella.*)
qué he dicho...? Odiosa fortuna! (*Aparte.*)

Sol. Dijiste...

Her. Estoy indispuesto;
pero no es nada.

Sol. Qué buscas?

(*Vuélvese á oir la bocina. Hernani manosea violentamente la empuñadura de su daga.*)

Her. Nada, nada.

Sol. Quieres algo?
manda á tu esclava.

Her. (*Aparte.*)
No hay duda,
él es, lo exige; ya tiene
mi juramento, y me anuncia
que viene por mí; que venga!
Juré, y es fuerza que cumpla.
Ya le espero...!

Sol. Sufres mucho?

Her. Un velo mis ojos turba;
no sé qué siento. Es preciso (*Aparte.*)
alejarla. Hermosa, escucha.
Aquel pomo, que conmigo
en tiempos de desventura
llevaba siempre... te acuerdas?
Sol. Sí, por qué me lo preguntas?
qué quieres hacer?
Her. Contiene
cierto bálsamo... procura
hallarle, y tráemele; acaso
la calma me restituya.
Anda, vé.
Sol. Corriendo voy...
no quiera el cielo que sufras...!!
(*Vase por la puerta de la estancia nupcial.*)

ESCENA IV.

HERNANI.

Oh! y en esto ha de parar
mi ventura...! y su presencia
mi dicha viene á turbar,
como de Dios la sentencia,
el festin de Baltasar!
(*Cae en profunda meditacion, y se vuelve de pronto.*)
Dios mio! si no viniera... !!
si me habré engañado... !
(*El enmascarado aparece en lo alto de la rampa. Hernani se detiene petrificado.*)



ESCENA V.

HERNANI. EL MÁSCARA.

Más. (*Con voz sepulcral.*)
"Espera!
"no lo olvidaré jamas:
"cuando quieras que yo muera
"con esta me llamarás.
"Do quiera, en cualquier momento
"en que me llames, iré."
Palabra me diste y fé
de cumplir tu juramento;
me la diste, acuérdate.
Her. (*En voz baja.*)
Él es...!
Más. Vengo á recordarte
que ya el momento ha llegado;
en tu palabra fiado
vengo esta noche á buscarte,
y no te hallo preparado...!!
Her. Bien, mi palabra te di:
habla, qué quieres de mí?
qué harás?
Más. Te doy á escoger;
todo lo que es menester
conmigo lo traigo aqui.
Escoge, hierro ó veneno,
y sígueme.
Her. Bien está.
Más. (*Presentándoselo.*)
Ea, decídete ya,
y salgamos de aqui.
Her. Bueno...!
ese veneno me da.
Más. Tómale. Dame la mano,
y al cielo pide perdon.
(*Presenta un frasco á Hernani, que le recibe trémulo.*)
y acabemos.

Her. (*Acerca el frasco á sus labios, y retrocede.*)
Compasion!
espera á mañana, anciano,
si aun te queda un corazon...!
Si no eres un condenado,
si algun dia ha palpitado
en tu seno una muger...
Oh! si sabes lo que es ser
jóven, amar, ser amado...!
Si aun tienes un alma humana,
si en tu frente Satanás
aun no ha grabado *jamas*,
espérame hasta mañana,
y mañana volverás...!!
Más. Necio, que me habla asi!
á creerlo apenas acierto;
te estás burlando de mí?
oh...! ya tocaron por tí
hoy las campanas á muerto.
Hasta mañana! eso es...!
no, conmigo has de venir;
yo en tanto puedo morir...
y quién vendria despues
mi voluntad á cumplir?
Yo solo habia de ser
el que muriera...!! y tú no...!
ven á cumplir tu deber;
yo te lo mando.
Her. Pues yo
no te quiero obedecer!
Oh! vete, vete de aqui!
vete, demonio, al momento!
Más. Tú me lo dices; consiento.
Eso esperaba de tí;
qué importa tu juramento?
El quebrantarle es flaqueza
que no empaña tu virtud...
Juraste por la cabeza
de tu padre...! Ligereza
propia de la juventud...!!!

Her. Mi padre...! Tiene razon,
se lo juré... maldicion!
oh Dios mio! qué he de hacer?
Más. Ello no pasa de ser
un perjurio, una traicion...!!
Her. Duque...!
Más. Es en vano esperar...!
pues los nobles castellanos
sin temor de perjurar
proceden como villanos,
nada mas tengo que hablar.
A Dios! (*Da un paso para irse.*)
Her. Ven, cómo ha de ser...! (*Toma el frasco.*)
Más. A tu juramento apelo.
Her. Vamos, terrible deber!
llegar al dintel del cielo,
y tenerme que volver...!!
(*Entra doña Sol, sin ver al máscara, que está en pie junto á la rampa en el fondo del teatro.*)

ESCENA VI.

LOS MISMOS. DOÑA SOL.

Sol. No le he podido encontrar.
Her. (*Aparte.*)
Dios mio! Dios mio! es ella...!
y en qué momento!
Sol. Qué tienes?
te asusto? al mirarme tiemblas?
qué tienes ahí? responde.
(*El dominó se quita la careta. Doña Sol lanza un grito, y reconoce á don Ruy Gomez.*)
Un veneno!
Her. Suerte adversa...!!
Sol. (*A Hernani.*)
Qué te he hecho yo? qué misterio
es ese? Don Juan, qué intentas
hacer? por qué me engañaste?

Her. Ah! ocultártelo era fuerza!
El duque salvó mi vida:
yo de morir la promesa
le hice... Aragon á Silva
debe pagar esta deuda.
Sol. No eres suya, sino mia;
tú lo has jurado, te acuerdas?
de tus otros juramentos,
cualesquiera que ellos sean,
nada se me importa. Duque, (*A don Ruy Gomez.*)
el amor me da firmeza,
y defenderle sabré
contra vos, contra cualquiera.
Sí.
Ruy. (*Inmoble.*)
Contra un juramento
no es posible le defiendas.
Sol. Qué juramento?
Her. He jurado.
Sol. No, no; nada te sujeta:
es imposible: qué horror!
Ruy. Vamos, duque.
Her. Deja, deja,
doña Sol, que mi deber
cumpla, que al duque obedezca...!
Se lo he jurado, y mi padre
desde el cielo me contempla...!!
Sol. (*A don Ruy.*)
Mas os valiera, señor,
ir á las mismas panteras
á arrancarles sus hijuelos,
que á mí mi adorada prenda.
Sabeis quién es doña Sol?
aprended á conocerla.
Por respeto á vuestros años,
que ya pasan de sesenta,
he estado haciendo la humilde;
mas ya no tengo paciencia
para sufrir mas; ya basta
de disimulo y cautela.

Veis mis ojos empapados
en lágrimas de soberbia?
(*Saca el puñal de su seno.*)
Veis este puñal...? Anciano...!
no le obligueis á que os hiera,
porque lo hará. Don Ruy Gomez,
yo os lo aconsejo... prudencia...!
Sabeis que la misma sangre
circula por nuestras venas,
duque...! Soy de la familia;
mas aunque fuese hija vuestra,
ay de vos si á mi marido
haceis la menor ofensa!
(*Arroja el puñal, y cae de rodillas delante del duque.*)
Pero qué digo, insensata!
compasion para mi pena,
tened compasion de mí;
perdonadnos: ah! qué os cuesta
ser piadoso? Yo no soy
mas que una muger sin fuerzas,
una pobre criatura
que os implora en su miseria.
Ah! yo soy débil; mi alma
á la desesperacion se entrega
facilmente; de rodillas
vuestra doña Sol os ruega!
compasion! piedad! Su suerte
es cruel, compadecedla!

Ruy. Doña Sol...!!

Sol. Ah! no hagais caso
de mis palabras violentas.
Nosotras las españolas
cuando el despecho nos ciega,
somos asi, lo sabeis...
antes me acuerdo que erais
tan bueno... Piedad, piedad...!
si muere, veréisme muerta.
Le amo tanto...!!

Ruy. (*Sombrio.*)

Demasiado

le amais!
Her. Lloras...!
Sol. No lo creas:
él no lo hará, vida mia,
no; yo no quiero que mueras,
no quiero... Perdon por hoy, (*A don Ruy Gomez.*)
y mi gratitud eterna,
y mi cariño serán
de esa accion la recompensa.
Yo os amaré...!
Ruy. Despues de él...!!
Vamos.
(*Hernani acerca el veneno á sus labios. Doña Sol le detiene el brazo.*)
Sol. No, por Dios; espera...!!
No...!
Ruy. Yo no puedo esperar,
que ya está abierta la huesa.
Sol. Don Juan, tan solo un momento,
es cosa que no se niega
á nadie... Solo un momento,
y nada mas... crueldad fuera
negarlo... qué pido yo?
solo que me deis licencia
para hablar... para decir
lo que mejor me parezca
en este caso... un momento
dejadme hablar...
Ruy. (*A Hernani.*)
Tengo priesa.
Sol. (*Colgada al brazo de Hernani.*)
Señores... me haceis temblar;
esas palabras me hielan...
qué os he hecho yo...!
Her. Desgraciada...!
Su afliccion me desespera.
Sol. (*Colgada á su brazo.*)
Ya veis que tengo mil cosas
que decir... si alguna de ellas
pudiese...

Ruy. (*A Hernani.*)
Fuerza es morir...!!
Sol. (*Id.*)
Don Juan, si en morir te empeñas,
déjame primero hablár,
y en seguida haz lo que quieras.
(*Le quita el veneno.*)
Ya le tengo...!!
(*Levanta el pomo á vista de Hernani y del anciano, atónitos.*)
Ruy. Pues aqui
dos mugeres solo encuentran
mis ojos, será preciso
que como vine me vuelva,
y que pues no tienes alma,
vaya á buscar quien la tenga.
Buenos juramentos haces;
yo te doy la enhorabuena, (*Con ironía.*)
y á tu padre entre los muertos
le contaré tus proezas...!
A Dios...!
(*Da algunos pasos para salir; Hernani le detiene.*)
Her. Duque, deteneos...!
Doña Sol, mi bien, qué intentas?
quieres, dime, que tu esposo
falsario y perjuro sea?
que por traidor me señalen,
que todos por vil me tengan?
Por compasion, doña Sol,
ese veneno me entrega;
vuélvemele... te lo pido
por nuestro amor...
Sol. (*Sombría.*)
Lo deseas?
Lo exiges? Bien...! (*Bebe el veneno.*)
Bebe ahora.
Ruy. Qué horror! y fue para ella...!!!
Sol. (*Entregando el pomo medio vacío á Hernani.*)
Ten, ten...!!

Her. (*A don Ruy.*)
Lo ves, miserable?
Sol. Don Juan, de qué te lamentas?
no te he guardado tu parte?
Her. (*Tomando el pomo.*)
Dios mio...!
Sol. Tú no me hubieras
guardado la mia, no.
Resignacion como esta,
solo una esposa cristiana
es capaz de comprenderla.
Pero... no llores por mí,
yo he bebido la primera.
Bebe si quieres.
Her. Qué has hecho,
infeliz!
Sol. De qué te quejas?
tú lo quisiste...!
Her. Dios mio,
qué horrible muerte te espera!
Sol. Por qué?
Her. Ese activo veneno
á la sepultura lleva.
Sol. No debíamos dormir
juntos? Qué importa que sea
sobre lecho de placeres,
ó sobre lecho de piedra?
Her. Sobre mí, que te olvidaba,
oh padre mio! te vengas.
(*Acerca el frasco á sus labios.*)
Sol. (*Deteniéndole el brazo.*)
Cielo! qué horribles dolores!
Don Juan, por Dios, no lo bebas;
arroja ese filtro: ah!
yo he de perder la cabeza;
yo estoy loca: ese veneno
en el corazon engendra
un hidra de mil dientes,
que roe, devora y quema:
déjalo... yo no creía

que tanto sufrir hiciera.
Dios mio! qué es esto? es fuego?
Don Juan, por Dios, no lo bebas:
sufririas demasiado...!!
Her. (*A don Ruy.*) Anciano, maldito seas!
ah! no pudiste elegir
otra muerte para ella? (*Bebe, y tira el frasco.*)
Sol. Qué haces?
Her. Qué has hecho?
Sol. Ven!
aqui junto á mí te sienta.
(*Se sientan uno junto á otro.*)
Ven, oh amado! no es verdad
que es horrorosa esta pena...!!
Her. No.
Sol. Ya nuestra deseada
noche de bodas empieza...
Pálida estoy, no es verdad,
para una noche como esta?
Ruy. La fatalidad lo quiso:
cúmplase su ley suprema...!
Her. Desesperacion! martirio...!!
ella sufrir, y yo verla... !!!
Sol. Cálmate... ya estoy mejor...
hácia claridades nuevas
tenderán pronto sus alas
nuestras dos almas gemelas,
volando juntas á un mundo
donde la vida es eterna.
Ven, ven...! tu mano. (*Se la coje.*)
Ruy. Oh dolor...!
Her. (*Con voz débil.*)
Bien haya la Providencia
que me ha formado una vida
de espectros y horrores llena,
pero que ahora, harto ya
de tanto sufrir, que pueda
hallar en tu dulce seno
descanso eterno me deja...!
Ruy. Aun son felices...!

Her. (*Con voz aun mas débil.*)
Mi vida...
espesas sombras nos cercan...
sufres mucho?
Sol. (*Con voz moribunda.*)
Nada, nada.
Her. No ves pálidas estrellas
entre la sombra...?
Sol. No.
Her. (*Suspira.*)
Mira... (*Muere.*)
Ruy. (*Levantando su cabeza inerte.*)
Muerto...!
Sol. (*Desencajada, é incorporándose cuanto puede.*)
Muerto! no lo creas...!
está durmiendo... es mi esposo...
la estancia nupcial es esta.
(*Con voz cada vez mas débil.*)
Nos amamos mucho... hoy juntos
dormimos por vez primera.
No le desperteis, señor;
dejad, dejadle que duerma...
está cansado...!
(*Vuelve hácia su lado el rostro de Hernani.*)
Amor mio,
vuélvete hácia mí... mas cerca...
vuelve la cara... ven, ven...
mas cerca aun... asi. (*Cae.*)
Ruy. Muerta...!!!

FIN.

NOTA.

Shakspeare, por boca de Hamlet, da á los cómicos consejos que prueban que el gran poeta era tambien un gran cómico. Moliere, cómico como Shakspeare, y no menos admirable poeta que él, indica en varios pasages cómo comprende él que deben representarse sus dramas. Beaumarchais, que no es indigno de ser citado despues de estos grandes nombres, se complace igualmente en estos minuciosos detalles que guian y aconsejan á un actor en el modo de componer un carácter. Estos ejemplos, dados por los maestros del arte, nos parecen dignos de seguirse, y creemos que nada es mas útil al actor que las esplicaciones, buenas ó malas, verdaderas ó falsas, del poeta. Tal era la opinion de Talma, tal es la nuestra. Asi que, si hubiéramos de dar algun consejo á los actores encargados de ejecutar este drama, les diríamos que marcasen bien en *Hernani* la agreste aspereza del montañés, mezclada á la altivez nativa del grande de España; en el *don Cárlos* de los tres primeros actos, la alegría, la incuria, el carácter aventurero y emprendedor, y al trasluz de todo esto, cierta tenacidad, cierto orgullo, un no sé qué de prudente en su misma audacia, que revelase ya en gérmen el Cárlos V del cuarto acto; y en fin, en *don Ruy Gomez* la dignidad, la pasion melancólica y profunda, el respeto á sus ascendientes, á la hospitalidad y á los juramentos; en una palabra, un anciano homérico, segun las ideas de los tiempos medios. = *V. Hugo.* = París 25 de febrero (1) de 1830.

---

(1) Dia en que se representó por primera vez este drama en el teatro francés. (*N. del Trad.*)